

SUPERVIVIENTES

LAW SPACE

SUPERVIVIENTES

Agradezco sinceramente al dibujante norteamericano Edd Cartier la, inspiración que me dio su magnífico dibujo de un probable habitante de «Calisto», que reproduce la portada y que hizo posible este relato.

Law Space

Colección ESPACIO

Supervivientes

por

Law Space

EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51 - 53
BARCELONA

Depósito legal B. 9.505 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. PERALTA — Pasaje de Núria, 8 — BARCELONA



CAPÍTULO PRIMERO

SOBRE el frontispicio del edificio, en letras doradas podía leerse: «INSTITUTO DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL FUNDACIÓN MARROW.»

John Leit frenó bruscamente el vehículo, realizando después una hábil y precisa maniobra para colocarlo en la zona de aparcamiento, jimio al Cadillac del profesor Steemor.

Su prisa le hizo subir, de cuatro en cuatro, los escalones que conducían a la entrada del Instituto, penetrando después en el «hall» y dirigiéndose precipitadamente hacia la recepción.

—¿Dónde está el profesor, señorita Lorent?

La muchacha, una morenita graciosa y de tímidos ojos, lanzó una mirada al cuadro-plano, donde el emisor individual de cada médico o experimentador dejaba el trazo que determinaba sus movimientos y presencias.

—En su despacho, doctor Leit.

—Gracias.

No era momento para prolongar una conversación agradable, como solía hacerlo. Y ella se dio cuenta de que algo importante debía de ocurrir cuando él no seguía la costumbre de permanecer unos minutos de amable charla a su lado.

El ascensor condujo a John a la quinta planta, en cuyo pasillo desembocó, apretando el paso y deteniéndose, sólo un momento, ante la puerta a la que llamó con cierta energía.

—¡Pase!

Entró, sonriendo al hombre que, detrás de la mesa, estudiaba unos gráficos.

Una gran amistad unía a aquellos dos hombres que, salidos de la misma universidad, habían tomado el derrotero de una especialidad difícil, ardua, pero a la que amaban de una forma totalitaria.

—¿No estabas de vacaciones, John?—inquirió el de la mesa.

Era un joven de pelo endrino, ligeramente ondulado, amplia frente y ojos escrutadores bajo sus pobladas cejas. Poseía una cabeza de intelectual ciento por ciento y sus gafas, montadas al aire, no hacían más que incrementar el interés de su rostro.

John se sentó, antes de contestar, encendiendo un cigarrillo:

—Hay algo importante, Gary.

—¿Sí? —inquirió el otro, plenamente convencido de que se trataría de un asunto del Instituto.

Leit leyó el pensamiento de su amigo.

—No se trata de eso…

—¿Entonces?

John no sabía cómo empezar.

Porque la noticia, a pesar de ser vital para su amigo y director, poseía ciertos aspectos que podían preocupar al psicólogo, enturbiando la alegría que, sin duda alguna, iba a darle.

—Hay noticias del «Argos».

La palidez que cubrió el rostro de Steemor demostró al otro lo que ya esperaba.

—¿Es… cierto? —balbució.

—Sí. Se acaba de recibir el primer radio, enviado y firmado por el capitán de la astronave, Donald Campson.

—¿Cómo lo has sabido?

—Estaba visitando a mi hermano, en la Estación de Astronáutica, cuando justamente llegó el mensaje.

Gary —el otro se daba perfecta cuenta de ello —no se atrevía a hacer preguntas concretas, prefiriendo que fuese el propio Leit quien lo hiciese. Porque ella estaba allí, en el «Argos».

Hacía ya un año que la primera nave del espacio, sin contar todas las que habían ido y venido a la Luna, mundo perfectamente conquistado y hasta explotado por media docena de compañías internacionales, salió con el propósito de llegar hasta el primer planeta exterior: Marte.

Se posó allí y se percató de que los fabulosos canales no existían más que en la imaginación de los astrónomos y de que la vida del planeta que, según muchos anticipadores, debía estar llena de maravillas, se reducía a unas cuantas plantas de clima desértico. Los miembros de la expedición se habían

lanzado más lejos, con la intención de llegar hasta Júpiter.

A partir de entonces fue cuando no se tuvieren más noticias de ellos.

Seis meses habían pasado desde el último radio recibido, cuando se alejaban de Marte, y Gary llegó, por la fuerza, a la conclusión de que el «Argos» había desaparecido para siempre.

Y lo peor, para él, es que Barbara iba en él.

Durante aquellos largos meses de espera, cuando la esperanza se disolvía lentamente, Steemor pensó en todo lo que había dicho a su prometida antes de que ella impusiese su criterio. Hizo, en verdad, lo posible para disuadirla.

Pero no lo logró.

Barbara Cussing era la alumna más adelantada del Instituto de Biología del profesor Potter y su preferida absoluta. Por eso, cuando se solicitó del Instituto un colaborador voluntario para el «Argos», William Potter, a quien la edad prohibía aquella clase de viajes, propuso a la joven, que aceptó encantada.

Orgulloso de la valentía de su prometida, Gary luchó, no obstante, para conseguir que fuese otro biólogo el que embarcase en la astronave; pero no consiguió nada de Barbara, que estaba decidida a ir y ser la primera en estudiar los seres vivos que se encontrasen en Marte.

La tentaba demasiado la aventura.

Steemor tuvo que convencerse de que aquella decisión no estaba reñida con el amor que ella le profesaba y Barbara supo demostrarle que él era el único hombre a quien amaba y que debía esperar el regreso, prometiéndole que se casarían en cuanto el «Argos» volviese a posarse sobre el espaciódromo de partida.

Todos aquellos recuerdos, que se agolparon en la mente de Gary, recorrieron también la de John, que guardó silencio hasta que el otro, sin poder más, le hizo la pregunta que Leit esperaba desde el principio.

—¿Viene Barbara?

—Si.

Las pupilas del psicólogo chisporrotearon.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

—Pero… viene enferma.

—¿Eh?

Leit sonrió, como si con aquel gesto desease quitar importancia a las cosas.

—Verás, Gary… Se preguntó por todos y fueron dando detalles de la expedición. Ha habido once bajas…

—¿Quiénes?

—La tripulación entera. Sólo quedan los responsables: el capitán; Winter, el piloto; Dey, el tele-radio: Fear, el cosmógrafo, y Barbara… Los otros desaparecieron.

—¿Dónde? ¿En Júpiter?

—No llegaron. Se detuvieron, según han dicho, en Calisto, uno de los satélites del planeta gigante.

—¿Murieron los otros?

—No sabemos nada.. Se hicieron muchísimas preguntas, pero ellos no contestaron más que las importantes.

—¿Y lo de Barbara?

—Parece ser que es debido al cansancio…, una fatiga excepcional que la ha afectado espiritualmente.

—¿No pidieron más detalles?

—Ya te he dicho que se les hizo infinidad de preguntas, pero que no contestaron a todas.

—¿Dónde estaban cuando comunicaron?

—Acababan de salir de Marte, lo que nos hace suponer, si todo va bien, que dentro de un par de semanas estarán aquí.

—Hubo una pausa.

—Me aterra lo de Barbara.

—¿Por qué?

—No sé…; es algo así como una intuición.

—No te entiendo. Es natural que ella se haya fatigado; después de todo, no tiene la fortaleza de un hombre.

—Ya lo comprendo, pero la conozco lo suficiente para saber que me hubiese enviado noticias suyas, de haberlo podido hacer. Si no lo ha hecho, no puede ser más que porque su estado es más grave de lo que ellos mismos se imaginan.

—¿Por qué quieres amargarte antes de tiempo?

—No es eso… Ya verás como no me equivoco.

Leit sonrió.

—No seas pesimista. Justamente, sí he venido a verte a toda prisa es porque van a entrar en comunicación con ellos dentro de una hora. Y he pensado que te gustaría hablar con Barbara.

—¿Podrá ser?

—Claro. Ven a la Base de Astronáutica, donde se ha reunido la Comisión del Estado que ha de recibirles, y podrás dormir tranquilo.

—¡Cuánto te lo agradezco!

Quince minutos más tarde el coche les dejó ante el campo de la base. Al otro lado de las alambradas, las puntas plateadas de las astronaves formaban un extraño bosque reluciente.

La Jefatura de la base estaba establecida en una cúpula de aluminio, donde también se hallaba el observatorio, dotado, además, de los instrumentos ópticos más modernos, de uno de los radiotelescopios más potentes del

mundo. Las seis plantas inferiores de aquella colosal estructura metálica las ocupaban las oficinas, bibliotecas, salas de consulta y dormitorios del personal científico de guardia. La superior, séptima, justo bajo el observatorio y con acceso directo a él, se dedicaba a sala de conferencias y secciones de comunicación espaciales.

Fue allí donde penetraron los dos psicólogos, siendo recibidos por el hermano de John, Elmer, jefe de transmisiones, que estrechó cordialmente la mano de Gary.

—¡Encantado de verle entre nosotros, profesor Steemor! Pronto subirán los demás.

—¿Aún no han llegado?

—Sí. Están en una de las bibliotecas.

—¿No hay más noticias del «Argos»?

—He lanzado el aviso de llamada y me han contestado que establecerán contacto con nosotros a las diez, hora terrestre.

Gary echó una ojeada a su reloj.

—Son las nueve y media—dijo.

John sonrió a su hermano.

—Estamos impacientes —dijo generalizando—. El profesor desea hablar con su prometida.

—Perfectamente; la Comisión está haciendo una lista de preguntas previas, pero no cree que los de la astronave nos hagan mucho caso.

—¿Por qué?

—Porque hay que comprender que están cansados, deprimidos por la pérdida de la tripulación y deseosos de llegar a la Tierra. Los de la Comisión olvidan que esos hombres han pasado un año de tribulaciones, en el espacio y Dios sabe en qué condiciones.

Gary se estremeció, muy a pesar suyo.

—Fue una locura que se les dejase salir de Marte: ése era, en principio, su primordial objetivo.

—Estaban demasiado entusiasmados para poder evitar que lo hiciesen…—repuso Elmer—. El funcionamiento inmejorable de los turborreactores atómicos y el poco desgaste de las pilas del «Argos» los indujeron a seguir. Además no olvide usted, profesor, que sufrieron una decepción en Marte.

—Es verdad —el psicólogo entornó los ojos—, pero todo eso es culpa de las leyendas y fantasías que dejamos se publicasen en los últimos veinte años. Estábamos tan acostumbrados a hablar de «platillos volantes» y de «marcianos», que aún nosotros, los hombres de ciencia, esperábamos, con una disparatada seguridad infantil, que el «Argos» encontrase en el tercer planeta una civilización superior a la nuestra.

»Habíamos olvidado que, si tal cosa hubiese sido cierta, los imaginarios

habitantes de Marte habrían entrado en comunicación con nosotros cuando no habíamos logrado llegar a la Luna. ¿Qué clase de civilización podíamos concederles si no lo habían conseguido?

»Por otra parte —y ahora se dirigió exclusivamente a Elmer—, yo leí su trabajo sobre Marte, doctor Leit, en el que usted afirmaba, rotundamente, que no se habían producido explosiones nucleares en la superficie de aquel planeta.

—Es verdad. El radioanalizador me permitió estudiar la atmósfera de Marte, haciéndome ver que la radiactividad era la normal y que no había sufrido el natural incremento que hubiesen producido los ensayos atómicos.

—Eso demostraba, a los más lerdos, que Marte carecía, de una civilización semejante a la nuestra. Ya que, sin ensayos atómicos, los conocimientos físicos de una criatura inteligente no pasarían de nuestra Física clásica del electromagnetismo.

—¿Crees que habrán encontrado algo en Calisto? —inquirió su hermano.

—No es probable. Aunque no se puede decir nada con seguridad. Calisto es el cuarto, de los nueve satélites de Júpiter. Se conoce poco de las características de todos ellos. Los cuatro primeros. Io, Europa, Ganimedes y Calisto fueron descubiertos por Galileo.

—¿Y es posible que hayan encontrado vida en esos satélites?

—No extrañaría mucho; aunque todo puede entrar dentro de lo posible.

Gary bajó el tono de voz, como si hablase consigo mismo:

—Si Barbara ha enfermado, mentalmente, es que ha debido presenciar algo horrible.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Elmer.

Intervino su hermano:

—El profesor teme que haya ocurrido algo tan grave como para producir un «shock» mental a la señorita Cussing.

—¡Pero si no han dicho nada de eso!

—¿Qué dijeron entonces?

—Que su prometida, profesor, estaba algo enferma.

—¿Físicamente?

—No especificaron nada.

—Yo conozco a Barbara —insistió Steemor —y sé que, si ella hubiese estado en condiciones de hacerlo, hubiese enviado algunas palabras para mí. No sería gran dificultad el haberle acercado el micrófono al lecho, si es que estaba imposibilitada para ir hasta la cabina de transmisiones.

Leit sonrió:

—Te digo que no te tortures antes de tiempo. Dentro de poco podrás hablar con ella y saldrás de dudas.

—Eso espero.

La entrada de los miembros de la Comisión interrumpió la conversación.

Gary los conocía a todos.

Allí estaba el profesor Austin Chasse, geólogo; Peter Morris, uno de los físicos más eminentes de Estados Unidos; Ed Cullivan, una autoridad de renombre universal dentro de la Química, y el viejo Potter, el maestro de Barbara, director del Instituto Nacional de Biología

Éste fue el que se dirigió a Gary:

—¡Hombre, hombre, si tenemos aquí a Steemor!—le estrechó la mano—. ¿Estará usted contento, eh? ¡Ha sido una maravillosa sorpresa para todos! Cuando los creíamos perdidos, he aquí que se nos presentan, vencedores de una empresa mucho más importante que la que se impusieron al principio.

—Espero que todo les haya ido bien, señor.

—¡Claro, amigo Steemor! Estoy deseando que la señorita Cussing me hable de todas las maravillas que haya visto.

—¿Está usted convencido de que habrá descubierto formas de vida?

—¿Por qué no? Aunque no se tratase, en el peor de los casos, más que de las plantas que recogieron en Marte, sería suficiente para mí… ¡Imagínese! Los primeros seres vivos que nos llegarán de más allá del espacio… Todos pensábamos en las bacterias de la Luna, pero cuando no se encontró absolutamente nada, tuvimos que fijarnos en Marte como la única fuente de información.

Elmer Leit, que había desaparecido momentos antes, reapareció y levantando la voz dijo:

—¿Quieren hacer el favor de pasar al anfiteatro de escucha, señores?

Lo hicieron, fijos todos los ojos en el altavoz que iba a darles, hasta que el «Argos» entrase dentro del área televisora de la Lima, el sonido de voces que hacía un año no escuchaban…

CAPÍTULO II



A espera estuvo llena de impaciencia, paro da todos ellos fue Gary Steemor quien fumó, cigarrillo tras cigarrillo, con los ojos semicerrados y un sentimiento de angustia que no deseaba notasen los demás.

Delante del colosal aparato de transmisión y sentado en un taburete móvil, ante el cuadro complejo de mandos y cuadros, Elmer Leit intentaba establecer la comunicación en el momento preciso.

Hasta que una sintonía especial le demostró que acababa de entrar en contacto con la astronave.

Un gran letrero luminoso, sobre el aparato, impuso silencio en la reunión al tiempo que seis magnetofones entraban en acción, dispuestos a grabar las palabras que llegasen del espacio.

—¡Base llama a «Argos»! ¡Base llama a «Argos»!

Nubes de parásitos sónicos fueron la única respuesta a aquellas palabras de Elmer, que, manejando sus aparatos, llegó a conseguir un silencio completo.

—¡Base llama a «Argos»!

Los segundos pasaban y Gary los sentía, al unísono, con los latidos de su corazón.

Cada uno de los presentes tenía un micrófono ante sí, que podían hacer servir cuando Leit lo permitiese, estableciendo comunicación parcial con la astronave.

—¡Base llama a «Argos»!

Hasta que, repentinamente:

—¡«Argos» contesta a Bas«! ¡Hablen!

Un runrún de emoción recorrió a los allí reunidos, pero él silencio volvió a adueñarse del ambiente.

—¡Aquí, Elmer Leit, de la base! ¿Quién habla ahí?

—Donald Campson, capitán del «Argos».

—Perfecto, señor. ¿Todo va bien?

—Excelente. La Tierra tiene ya el aspecto de un balón de básquet ante nosotros. El viaje se desarrolla como previsto.

—Me alegro, señor. Aquí, en el auditórium de la base, está reunida la Comisión científica de la expedición. Todos sus miembros desean hacer unas preguntas. ¿Será eso posible?

—Sí. No veo dificultad alguna, ¿Puedo contestar a alguno de esos señores?

Chasse hizo un gesto y su micrófono entró en comunicación con la astronave.

—Soy Austin Chasse, capitán. Desearía hablar con Fear, el cosmógrafo de la expedición.

—Voy a llamarle, profesor.

Momentos después la voz de Fear llegaba hasta ellos.

—Aquí Harry Fear. ¿Cómo se encuentra, profesor Chasse?

—Perfectamente, muchacho. ¿Han descubierto algo nuevo?

—Infinidad de cosas, señor: rocas nuevas, formas cristalinas que no existen en la Tierra, yacimientos de tierras raras…

—¡Magnífico! Estoy deseando que lleguen: porque supongo que habrá llevado muestras de todas esas maravillas.

—Sí, profesor; tengo de todo un poco y espero mostrárselo muy pronto.

Potter hizo un gesto y el micrófono suyo se encendió.

—Por favor, Harry…, ¿podría hablar con la doctora Cussing?

Hubo un silencio.

—Lo lamento, profesor; pero la doctora no está en condiciones de contestar a sus preguntas.

Gary estuvo a punto de intervenir, pero se contuvo.

—¿Qué le ocurre?— inquirió el biólogo.

—Padece una fuerte depresión emotiva y no quiere hablar con nadie…; es como una extraña entre nosotros.

—Pero… ¿por qué le ha ocurrido eso?

—Lo ignoro, señor. Fue en Calisto donde desapareció el resto de la tripulación.

—¿Le ocurrió algo… personalmente?

Steemor se estremeció.

—No lo sabemos, profesor. Salió, con los hombres, para recorrer el satélite. Nosotros intentamos disuadirla, pero ella se negó en redondo a seguir nuestros consejos… Y volvió sola. Todos los demás habían desaparecido.

—¿No dijo nada?

—Ni una palabra. Tenía una mirada extraña, ausente… Nosotros le preguntamos muchísimas cosas, pero no respondió a ninguna.

Hubo una pausa. Después inquirió con gran nerviosismo el profesor:

—¿No recogieron formas vivas de Calisto?

Otro nuevo silencio; luego la voz del espacio:

—No había seres vivos en Calisto, señor.

—¿Eh?

—Así es, profesor. No encontramos nada.

—Pero entonces… esas desapariciones…

—Ignoramos lo que las provocó, señor. Cuando la señorita Cussing regresó, sobrevolamos todo el satélite, esperando descubrir a nuestros compañeros de expedición…, pero no vimos nada.

Gary, que había logrado dominarse por milagro, extendió el brazo, rugiendo:

—¡¡Quiero hablar con ella!!

Elmer conectó el micrófono del psicólogo.

—Soy Gary Steemor, dijo éste, con voz alterada por la emoción —y deseo hablar con Barbara, mi prometida.

—Pero…

—Haga el favor de acercarle el micrófono y los auriculares… ¡Verá cómo me contesta!

Hubo una larga pausa; después dijo:

—Bien…, voy a intentarlo, señor Steemor.—Y después de un corto silencio añadió—: Estamos junto a ella, señor, en su cabina. Puede empezar cuando lo desee.

Gary sintió un nudo en la garganta.

—¡Barbara! —exclamó; después, con un tono dulce, continuó—: Escucha, querida, soy yo, Gary…, no temas nada y contéstame.

Silencio.

—¿Qué te ocurre, amor mío? Si estás enferma, no te preocupes. Haremos todo lo posible por ti y te pondrás buena en cuanto estés a mi lado. ¿No me oyes, querida?

Silencio.

—¿No me oyes, Barbara? Ya te he dicho que soy yo, Gary…, ¿es que no me recuerda?

Silencio.

—¡Barbara, por el amor de Dios, contesta!

Y entonces, haciendo vibrar el altavoz, una especie de rugido infrahumano se dejó oir.

—¡Es ella! ¡Es ella!

John tuvo que sacar a su amigo del auditórium.

—¡Era ella, Leit! Barbara! ¿Qué le ha ocurrido, Dios mío?

John no dijo nada, pero se estremeció porque acababa de ver que la intuición de Steemor no le había engañado.

* * *

¿Qué le ocurría?

Estaba aún en su litera, cuando Fred Dey y Harry Fear se alejaron, con el aparato con que acababa de oír la voz de Gary.

¡¡Gary!!

¡Cómo le hubiese gustado contestarle, decirle que, ahora más que nunca, le amaba con una fuerza que ni ella misma podía suponerse!

Pero las palabras no se formaban en sus labios, que se quedaron mudos desde aquel día…

¿Qué día?

Cuanto más deseaba ahondar en los recuerdos, buscar la raíz del mutismo que la tenía encadenada a sí misma, menos lograba encontrarlos, como si una bruma densa los hubiese cubierto para siempre irrevocablemente.

¿Qué me pasa, Dios mío?

Muchas veces, muchísimas, desde que salió del extraño sopor en que estuvo sumergida un tiempo que no podía precisar, buscaba la explicación a su estado, intentando, por todos los medios a su alcance, descubrir el fondo de todo aquello, desenmascarar la especie de demonio que tenía apresada su alma.

Ahora mismo, al oír la voz de Gary, sintió que todo su ser profundo se estremecía, al tiempo que un ansia de gritar se apoderaba de ella…, pero no fue más que eso: un esfuerzo violento de la parcela de mente que aún le pertenecía, una llamarada efímera, que se apagó justo al tiempo de encenderse.

¿Qué le ocurría…?

Todos sus compañeros de viaje la mimaban, procurando distraerla de mil modos distintos, sin lograr que saliese de aquel férreo mutismo en que algo, tan desconocido como poderoso, le había encerrado.

Era como si estuviese en el fondo de un pozo o en lo hondo dé una cueva, en la que las cosas reales se reflejasen en el interior, como en aquella imagen tan querida a Platón.

Sonrió.

La posibilidad de pensar y recordar las cosas que había estudiado era como una esperanza íntima, como una pequeña seguridad de que todo, en su mente, no había sido destruido.

Así, en muchos momentos, de todo el tiempo que tenía para ella, se divirtió comprobando que recordaba todo, desde sus años de niña, pasando por la salida de la Tierra, rumbo a Marte y de este planeta hacia la órbita del gigantesco Júpiter.

Todo, todo…

Incluso la llegada a Calisto y aquella noche, cuando pensaron en que debían salir para explorar el satélite. A partir de aquel momento, los recuerdos se habían borrado por completo.

¿Por qué?

Debía de haber una causa que explicase aquella amnesia extraña, algo que hubiese tapado lo que ella pudo ver, y además que justificase el mutismo que

la dominaba.

Porque desde aquella noche, o al menos así lo creía, no había vuelto a poder hablar y de no ser por sus compañeros de viaje, que la atendían cuidadosamente, se hubiera muerto de hambre y de sed.

¿Apetito?

Bastante y ello le demostraba que su fisiología seguía funcionando normalmente. Sí, su cuerpo no sufría alteración alguna, pero sí su mente, donde un resorte debía haber saltado en algún sitio oculto.

Se desesperaba al pensar que jamás saldría de aquel estado y ello le hacía rugir, como un animal encerrado, haciendo acudir a sus compañeros, que se veían en gran dificultad para calmarla.

* * *

—Llegan mañana, Gary.

Steemor, sentado en su despacho, no levantó la mirada hacia John y éste se dio cuenta de que el psicólogo parecía haber envejecido diez años en aquellos días.

De nada había servido que Leit le dijese que todo se arreglaría y que el trastorno de Barbara debía ser, por la fuerza, una disfunción pasajera, producida por un fuerte «shock» emotivo. Gary pensaba en algo más profundo y cuando habló, finalmente, de «brote esquizofrénico», Leit saltó como una pantera:

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por suponer eso?

—¡Naturalmente! Barbara ha sido siempre una chica sanísima y no ha habido, en su familia, nada que pudiese justificar un diagnóstico tan pesimista como el tuyo.

—Puede tratarse de una forma exógena…

—¡Rábanos! Cualquier cosa que supongas le haya ocurrido a la muchacha, puede explicarse de cien mil maneras, sin necesidad de hablar de esquizofrenia.

—Pero ese mutismo…

—¿No hay histerias en las que se produce?

—Sí, es verdad…

—¡Pues haz el favor de no desbarrar más, Gary, por el amor de Dios! Barbara quedará como nueva cuando haya pasado una semana en este Instituto, bajo nuestra vigilancia. Ya lo verás.

Un esbozo de sonrisa entreabrió los labios de Steemor:

—Eres muy buen amigo, John: lo sé.

—Mi amistad no tiene nada que ver en esto; te lo aseguro. Me limito a desbaratar un diagnóstico excesivamente pesimista y que no se basa más que en apreciaciones subjetivas del médico.

—¡Está bien, está bien! De acuerdo—su rostro perdió el ensombrecimiento de antes—. ¡Ojalá tengas razón!

Hubo una pausa y Leit preguntó después:

—¿Qué piensas hacer con Barbara, Gary?

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo que harás cuando llegue.

—¡Traerla aquí, inmediatamente! ¿Crees que voy a dejar que ese viejo loco de Potter la moleste? ¡Sería capaz de interrogarla, a pesar de su estado, sobre los animales o plantas que hayan visto o encontrado en ese maldito, satélite… ¡No, amigo mío! Barbara será internada aquí, ya tengo su habitación preparada, y la examinaré, dedicándome por entero a ella… De eso deseaba, justamente, hablarte.

—Di.

—Quería decirte que te hicieses cargo de mis cosas mientras yo cuido de ella.

—Cuenta conmigo.

—Ya lo pensaba. Gracias. Y después de un corto silencio—: Una vez se haya recuperado, nos casaremos y me la llevaré de aquí por unos meses. No quiero que caíga en las garras de Potter.

—La has tomado con él.

—¡Porque es el culpable de que Barbara se embarcase en ese viaje absurdo! No era sitio para una muchacha.

—Ya lo sé, pero no creo que Potter tenga toda la culpa, ni la intención de molestarla hasta que se encuentre bien.

—¡Es que no pienso consentírselo! Barbara, después de que se recupere, mentalmente, necesita descanso, distracción, alejarse de todo lo que, al recordarle este fatídico viaje, pueda despertar vivencias que le sean perjudiciales.

—Eso es razonable.

—¡Claro que lo es!

Hubo un silencio.

—Lo que más me extraña de todo —dijo Leit —es que la dejasen salir con la tripulación, sin que ninguno de ellos la acompañase.

—¿De… ellos?

—Sí. Dey o Fear podían haber ido con ella. ¡Son una banda de cobardes!

—¡Gary!

—¿Qué? ¿Crees que exagero al juzgarlos así? ¿No los oíste hablar como yo? Se limitaron a sobrevolar el satélite, después de que la tripulación desapareció… ¡Igual hubiesen hecho, si Barbara, como los otros, no hubiera regresado a la nave!

—Creo que exageras.

—Yo no estoy tan convencido como, tú de que hayan hecho todo lo posible por salvar a esos desdichados, Vieron llegar a Barbara, en un estado que ya puedes imaginarte… y tuvieron miedo. ¡Eso es! ¡Miedo! La prueba es que pusieron en movimiento al «Argos».

—Eso depende del peligro que les describiese ella.

—¿Qué peligro? Barbara, según ellos, no dijo nada. Porque, si hubiese contado alguna cosa, ellos nos lo habrían comunicado, buscando una justificación al acto de cobardía y falta de compañerismo que hicieron.

—Perdona, pero no los creo cobardes.

—¡Yo sí!

Leit encendió un cigarrillo antes de decir:

—Estás un poco ofuscado. Quizá, cuando oigamos lo que tienen que decirnos, encontraremos la justificación de todo lo que han hecho.

—Lo dudo. Nadie conseguirá demostrarme que no podían salir en busca de sus desdichados compañeros. Barbara, a pesar de su estado, les habría conducido a donde los otros quedaron.

—No estás intrigado… ¡Menos mal que mañana saldremos de dudas!

Gary le miró fijamente e inquirió:

—¿Tan seguro estás?

—¡Hombre!—se asombró el otro—. Algo tienen que decir.

—No lo bastante para explicar lo ocurrido. Me apuesto cualquier cosa a que dejarán muchas lagunas sin cubrir.

—Mañana lo sabremos.

—Lo sabrás.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo me limitaré a sacar a Barbara y venirme aquí a toda velocidad. Ya vendrás a contarme lo que hayan dicho.

—Sí…, ¿saldremos juntos para la base?

—Bueno. Vamos a pasar una noche de insomnio; yo, por lo menos.

—Yo tampoco podré dormir mucho.

CAPÍTULO III



E prometió al público televisar la llegada, ordenando que nadie, ni siquiera la prensa, penetrase en el recinto de la base. Para calmar la protesta de las periodistas, se les dejó situarse en una torre del recinto, permitiendo que utilizasen solamente sus teleobjetivos, con el único fin de captar los pormenores de tal acontecimiento.

Fuerzas del Ejército acordonaban el recinto, impidiendo la entrada a todo el que no poseía uno de los pocos pases que habían sido firmados por el jefe, general Bradler.

Dos horas antes de la llegada de la astronave, la totalidad de las personas autorizadas estaban ya en la base, fumando y monologando, impacientes y nerviosos.

Por fin, cuando el «Argos» dejó ver su plateada silueta en el cielo y se posó, diez minutos más tarde, en el lugar que estaba previsto, los vehículos se concentraron junto a la astronave, esperando que se abriese la puerta.

El silencio era impresionante.

La rampa bajó, con un sonido de vibración interna, apareciendo en la escotilla el capitán Donald Campson, que saludó a todos, siendo ovacionado por los presentes.

Detrás de él aparecieron los demás y la ansiosa mirada de Gary se fijó en Winter, el piloto, a cuyo brazo caminaba Barbara.

¡Barbara!

Estaba pálida y visiblemente desmejorada. Su mirada había perdido aquel brillo que tanto gustaba a Steemor; pero, a pesar de todo y aunque su aspecto hubiese sido mil veces peor, sintió que el corazón se ponía a latir descompasadamente en el interior de su pecho.

Le habían dicho que le entregarían a la muchacha cuando todos los tripulantes del «Argos» estuviesen en la base y tuvo que ver cómo entraba, ella como los demás, en el microbús que salió disparado hacia la cúpula de aluminio, seguido por el enjambre de vehículos que había acudido a la llegada del astrocohete.

Los reunieron en la sala de conferencias, donde había sido preparada una mesa para que comiesen comida fresca: frutas, carnes, pescados y leche, después de la obligada alimentación sintética del viaje, aunque no les faltaron los concentrados de vitaminas.

Dejaron que se despachasen a su gusto; después, cuando se repartió café y cigarrillos para todos, el capitán empezó a hablar:

—No pueden imaginarse ustedes la alegría que nos ha embargado cuando hemos sobrevolado nuestro planeta. Sólo los que hemos estado tan lejos de él sabemos cómo se llena el corazón de gozo al volver a él. Gracias a todos, de corazón.

Gay se dio cuenta de que iban a empezar los informes, y acercándose a Austin Chasse, presidente de la Comisión, dijo:

—Profesor…

—¿Qué hay, Steemor?

—¿Puedo llevarme a Barbara?

—¿Adonde?

—Al Instituto de Psicología… Quiero hacerle un reconocimiento. La señorita Cussing no está en condiciones de permanecer aquí.

—Lo comprendo… Puede llevársela, doctor Steemor, ya nos comunicará usted después cuándo podemos ir a verla.

Gracias, señor.

Gary se acercó a la muchacha, experimentando una emoción incontenible. Ella le miró, esbozando una sonrisa. Pero sus labios permanecieron mudos.

—¿Vamos, querida?

Se dejó llevar, sin oponer resistencia alguna.

John les acompañó hasta la puerta.

—Yo me quedo, Gary.

—Bien.

—Quiero oír lo que cuentan esos muchachos. Después iré al Instituto.

—De acuerdo.

Leit se dio cuenta de que Steemor le escuchaba apenas. Todo su ser estaba pendiente de Barbara, que, con aquella extraña sonrisa en los labios, le seguía mansamente.

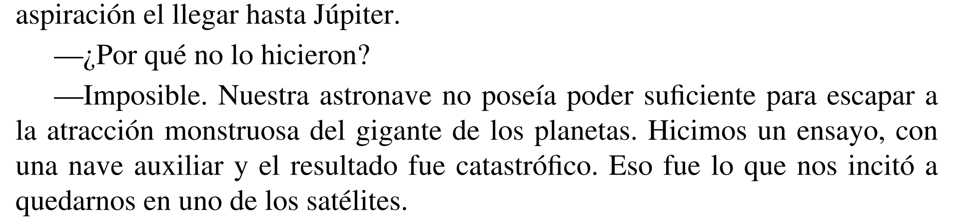
Cuando el Cadillac de Gary desapareció, al otro lado del parque que rodeaba la base, John volvió a la sala de reuniones.

Los astronautas habían terminado de comer y el humo de los cigarrillos formaba una nube revuelta que los extractores lanzaban incesantemente hacia el exterior.

El capitán Campson tenía la palabra:

—Como ya les he dicho antes, señores, pocas cosas interesantes podemos contar de esta expedición. En Marte, en contra de lo que esperábamos, no hallamos más muestras de vida que los ejemplares de plantas que recogió la señorita Cussing. La mineralogía de ese planeta, casi exacta a la de la Tierra, fue estudiada por Fear y él podrá hablarles del poco interés de la misma.

»Por eso decidimos proseguir nuestro viaje, siendo nuestra mayor



aspiración el llegar hasta Júpiter.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Imposible. Nuestra astronave no poseía poder suficiente para escapar a la atracción monstruosa del gigante de los planetas. Hicimos un ensayo, con una nave auxiliar y el resultado fue catastrófico. Eso fue lo que nos incitó a quedarnos en uno de los satélites.

—¿Por qué eligieron Calisto?

—Porque nos encontramos casi en su órbita, al acercamos al sistema joviano. Como ya saben, Calisto es más grande que nuestra Luna y se prestaba a una investigación a fondo, ya que, acostumbrados a visitar nuestro satélite, poseíamos todo lo necesario para movernos en el de Júpiter.

—¿A qué fue debida la desaparición de la tripulación?

—No lo sabemos.

Intervino Leit:

—¿Ocurrió algo que les hizo escapar precipitadamente, como todo hace suponer?

Donald se mordió los labios.

—En realidad —repuso—, temimos que ninguno de nosotros no pudiese regresar a la Tierra. Habíamos conseguido llegar mucho más lejos que lo que se proponía en los primitivos planes de la expedición y cuando nuestros compañeros desaparecieron, nos precipitamos a escapar de un peligro que desconocíamos y que, por lo que podíamos comprobar por el estado de la señorita Cussing, era demasiado fuerte para oponerle un plan conjunto.

—¿No vieron criatura alguna en Calisto?

—No.

—¿Cómo puede afirmar eso tan rotundamente?

—Porque sobrevolamos el satélite, a pequeña altura, durante muchas horas. No vayan a creer que abandonamos a nuestros compañeros de una manera definitiva. Lo que temíamos era permanecer en el suelo de Calisto, seguros de que si despegábamos con el «Argos» estaríamos fuera del alcance del peligro que se apoderó de ellos.

»Hicimos varias películas del suelo de Calisto e infinidad de fotografías. En ella pueden comprobar la exactitud de cuanto decimos. Ni encontramos huella alguna de criaturas vivas, ni restos de nuestros desdichados compañeros.

—¿Tiene usted alguna idea respecto a lo que pudo ocurrirles?

—Ya he dicho antes que eso constituye un misterio insondable para todos nosotros; pero, de todas maneras, mi idea, particular, apoyada por algunos más, es que se trata de una emanación mortal de gases, ya verán ustedes la cantidad de geiseres existentes en Calisto.

»La señorita Cussing pudo huir a tiempo, pero no sin que su estado mental

se alterase de la manera que ustedes han podido comprobar. El resto de la expedición que bajo al suelo del satélite joviano no tuvo la suerte de la señorita…, y pereció, con toda seguridad, en el empeño.

Hubo una pausa; después prosiguió:

—Hemos escrito un informe completo, que todos ustedes podrán estudiar. Además los ejemplares de cuanto se ha recogido están en la astronave, dispuestos para el estudio. Yo…—sonrió—, en nombre de mis compañeros, les ruego que nos dejen volver al lado de nuestras familias. Todos ustedes saben que no las hemos visto desde hace un año y que deben esperarnos con la natural impaciencia.

Austin Chasse tomó la palabra. También sonreía cuando dijo:

—Han de perdonarnos el haberles retenido aquí, ya que comprenderán el interés que teníamos de oír, de sus propios labios, todas las maravillas que, francamente, esperábamos.

»Estamos orgullosos de lo que han logrado hacer y les agradecemos, en nombre de la ciencia y de la humanidad, esos preciosos datos que nos han proporcionado. Nos dedicáramos, con todo el ímpetu posible, al estudio detallado de cuanto han traído del otro lado del espacio.

»En cuanto a su natural deseo de reunirse con los suyos, pueden hacerlo cuando gusten. Tenemos sus direcciones particulares y podremos convocarles cuando se crea necesario.

»Vuelvo a repetir el agradecimiento de todos nosotros y esperamos el día, uno de éstos, en que nos reuniremos de nuevo, junto con las autoridades del país, para premiar públicamente ese esfuerzo que llena de legítimo orgullo a la Astronáutica de Estados Unidos de América.

* * *

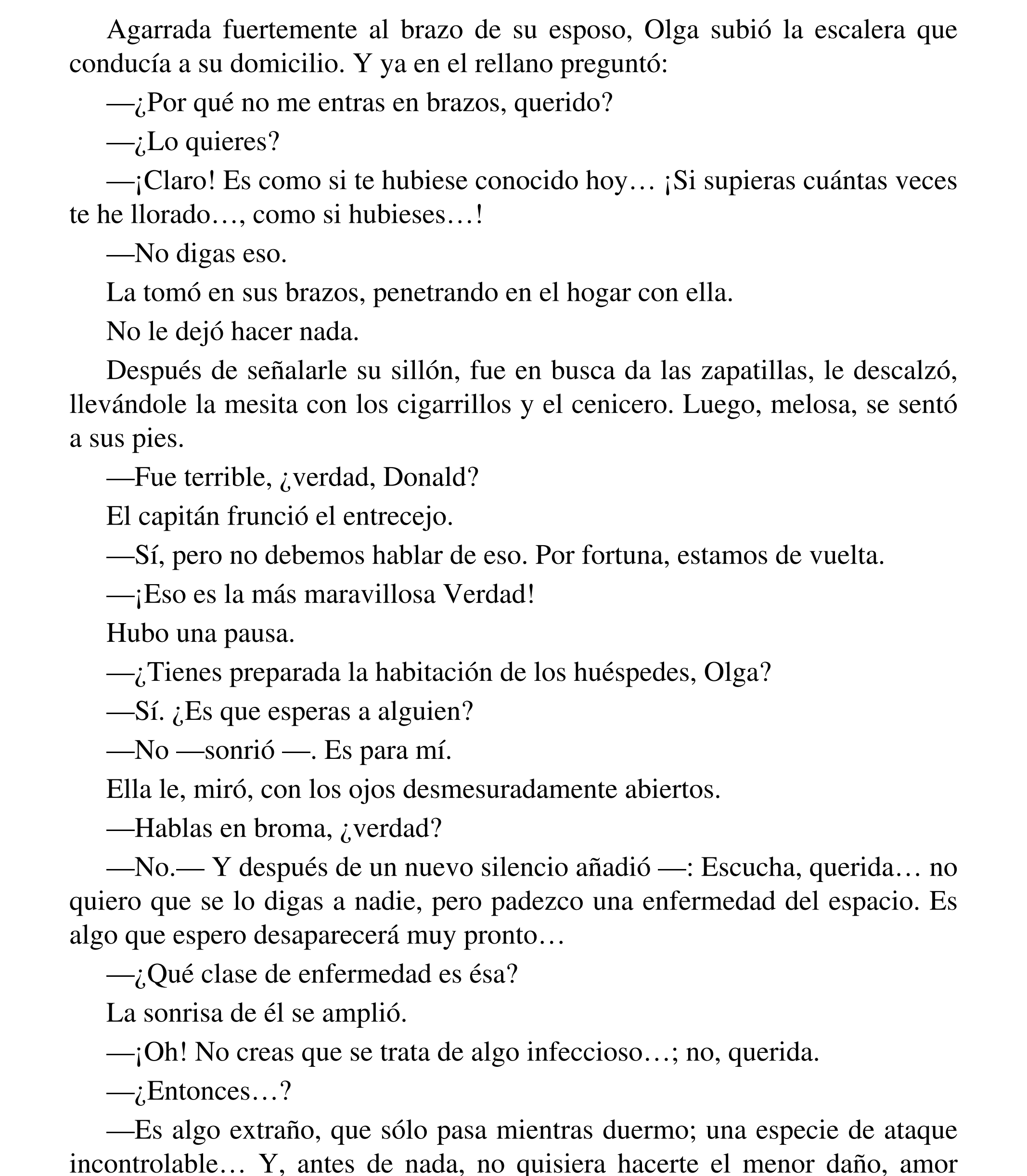
Todos esperaban en el recinto destinado a las familias, con sus coches aparcados cerca de allí y todos los fotógrafos apiñados al otro lado de la barrera de alambre, protegida a su vez por un doble cordón de soldados.

Allí estaba Olga, la esposa del capitán Campson, Thomas, el padre del joven piloto Winter; Clara, la mujer del tele-radio Dey, y Lidys, la hermosa hermana del cosmógrafo Fear.

El encuentro fue emocionante.

Besos, abrazos, lágrimas: muestras de un delirio que los fotógrafos y cameramen recogieron con mil detalles que harían llorar a muchos lectores y telespectadores.

Después los vehículos se fueron poniendo en marcha, protegidos por coches de la policía, que los custodió hasta los respectivos domicilios, estableciéndose en la puerta de cada, uno de ellos, al menos por unos días, una guardia policial destinada a impedir que los curiosos irrumpiesen en aquellos hogares en lo que, antes que nada, se deseaba una paz y una intimidad que tanto les había faltado.



Agarrada fuertemente al brazo de su esposo, Olga subió la escalera que conducía a su domicilio. Y ya en el rellano preguntó:

—¿Por qué no me entras en brazos, querido?

—¿Lo quieres?

—¡Claro! Es como si te hubiese conocido hoy… ¡Si supieras cuántas veces te he llorado…, como si hubieses…!

—No digas eso.

La tomó en sus brazos, penetrando en el hogar con ella.

No le dejó hacer nada.

Después de señalarle su sillón, fue en busca da las zapatillas, le descalzó, llevándole la mesita con los cigarrillos y el cenicero. Luego, melosa, se sentó a sus pies.

—Fue terrible, ¿verdad, Donald?

El capitán frunció el entrecejo.

—Sí, pero no debemos hablar de eso. Por fortuna, estamos de vuelta.

—¡Eso es la más maravillosa Verdad!

Hubo una pausa.

—¿Tienes preparada la habitación de los huéspedes, Olga?

—Sí. ¿Es que esperas a alguien?

—No —sonrió —. Es para mí.

Ella le, miró, con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Hablas en broma, ¿verdad?

—No.— Y después de un nuevo silencio añadió —: Escucha, querida… no quiero que se lo digas a nadie, pero padezco una enfermedad del espacio. Es algo que espero desaparecerá muy pronto…

—¿Qué clase de enfermedad es ésa?

La sonrisa de él se amplió.

—¡Oh! No creas que se trata de algo infeccioso…; no, querida.

—¿Entonces…?

—Es algo extraño, que sólo pasa mientras duermo; una especie de ataque incontrolable… Y, antes de nada, no quisiera hacerte el menor daño, amor mío; compréndelo.

—¡Me estás dando miedo!

—No debes tenerlo. Yo te quiero mucho más que nunca, pero hemos de tener cuidado hasta que todo desaparezca.

Ella había palidecido intensamente.

—Pero… ¿de qué se trata?—inquirió, con un terror que se transparentaba en el tono de su voz.

—Debe de ser una afección nerviosa. Ya has oído lo que le ha ocurrido a la señorita Cussing, desde luego —se apresuró a decir —, no es tan grave

como lo de ella, pero hay que tener cuidado. No quiero exponerte.

—¡Llamaremos a un médico, cariño!

Él se encogió de hombros.

—¿Qué saben los doctores de la Tierra de los males del espacio? No, Oiga; estoy completamente seguro de que esto pasará solo y sin que tengamos que enterar a nadie.

—No temas por eso, Donald.

Y después de un silencio, inquirió:

—¿Están los otros como tú, querido?

—Sí…

—Pero eso… ¡es horrible! ¿No habéis hablado con esos profesores? ¿Por qué no les habéis consultado? Ellos, mejor que nadie…

Él la interrumpió.

—No, querida. ¿Olvidas lo que hubiesen hecho con nosotros? Estaríamos ahora confinados, sin ver a nuestras familias…, ¡como leprosos!

—Tienes razón.

—Lo mejor es esperar. Durante la noche, como mis compañeros, dormiremos aislados y tú cerrarás la puerta de tu habitación.

—¿Tan horrible es ese ataque…?

—No lo sabemos aún, querida; pero insisto en que me comprendas. Por nada del mundo querría hacerte daño para luego arrepentirme durante el resto de mi vida… ¿Es que no quieres comprenderme, cielo santo?

—Perdona, cariño… También tienes tú que comprender. Esperaba tu llegada con tanta ansia, me faltaste tanto…

Si le acarició los cabellos.

—No te preocupes. Olga. Esto pasará y entonces nos olvidaremos rápidamente de los momentos amargos. Tú también me has faltado mucho.

Ella lloraba, en silencio.

—¡Que cosa más horrible! ¡Maldigo el día en que te fuiste, Donald!

—No debes hacerlo, Olga. Cuando todas estas molestias hayan desaparecido, estarás contenta y orgullosa de que tu marido haya mandado la primera expedición verdaderamente espacial.

—Puede que tengas razón. Ahora voy a salir a por las provisiones para hacer la comida.

—No…

—¿Qué quieres decir?

—Que no tengo mucho apetito, Olga. Aunque quizá se trate de esa misma dolencia.

Ella se escandalizó:

—¿Cómo? ¿Quieres que encima de que estás enfermo, té deje morir de

hambre?

Él no dijo nada y ella, después de ponerse el abrigo, le besó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Ya verás —dijo, antes de cerrarla tras ella —como yo haga que esa enfermedad desaparezca. ¡Haré que engordes, por lo menos, diez kilos!

Nada más llegar al portal da la casa, su aspecto cambió por completo y el rostro se ensombreció.

Estaba aterrada.

Cruzó a unos almacenes al otro lado de la calle y se dirigió a la cabina telefónica.

Instantes después obtenía la comunicación deseada.

—¿Eres tú, Clara?

—Sí, ¿Quién es ahí?

—Olga.

—¡Oh Olga! Eres la persona con la que me hubiese gustado hablar en este momento.

—Igual me ocurre a mí. ¿Dónde está tu esposo?

—Con los niños, en el jardín.

—¿Te ha dicho… algo especial?

Hubo un silencio, que Olga interpretó como una afirmación.

Por eso, decidiéndose, dijo:

—Tenemos que ayudarnos mutuamente, Clara. Ya supongo que te habrá rogado que no dijeses nada, pero como ves yo quiero decírtelo.

—No hace falta.

—Entonces… ¿te habló de esa enfermedad?

—Sí.

—¿Y de qué cerrases la puerta de su cuarto con llave… solo?

—Sí.

—¿Y de que cerrases la puerta de su cuarto con llave?

—Sí. También me dijo que hiciera igual con los niños.

—Lo mismo que Donald.

Hubo una pausa.

—¿Qué haremos, Olga? —había un tono de desesperación en la voz de la mujer de Dey, el tele-radio del «Argos».

—Reunirnos todos los que tenemos como familiares uno de esos astronavegantes. ¡Yo no estoy dispuesta a que Donald no se ponga en cura!

—Pero si Fred ha dicho que los médicos de la Tierra no comprenden nada de esa enfermedad.

—¡Tonterías! Igual ha dicho Donald. Sin embargo, ya sabrás lo que han hecho con esa pobre muchacha…

—¿Te refieres a Barbara Cussing?

—Sí.

—¿Qué han hecho?

—Su prometido, el doctor Steemor, se la ha llevado a su clínica o Instituto. ¡Él que no se da por vencido y es un hombre listo!

—¿Opinas que debemos consultarle?

—¡Naturalmente! Además, esta noche, quiera Donald o no, echaré una ojeada a su habitación, cuando esté dormido.

—¡No lo hagas, Olga!

—¿Por qué no?

—Tengo muchísimo miedo… No lo hagas, te lo ruego. Esperaremos a haber hablado con el profesor Steemor.

Fue Olga a decir algo, pero prefirió decir una mentira piadosa.

—Está bien…, seguiré tu conseja.

Pero estaba completamente decidida a saber la verdad.

CAPÍTULO IV



EIT apagó el cigarrillo.

No se atrevía a decir nada y esperaba que Gary, que parecía tremendamente cansado y tenía la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre la mesa, rompiese el silencio que pesaba sobre ellos.

Pero, viendo que no se decidía, preguntó:

—¿Tienes alguna idea concreta?

Steemor levantó la cabeza, mirando a su amigo. —¿Ideas?

—Sí.

—Ninguna. El caso de Barbara es lo más extraña que he visto jamás.

—¿Has llamado a alguien en consulta?

—Sí. Tres profesores psiquíatras vinieron anoche para ayudarme en un diagnóstico que, finalmente, no pudimos establecer.

—¿Se trata de alguna dolencia nueva?

—Yo no lo creo.

—¿Entonces?

Sus ojos se quedaron fijos, como si concentrasen su mirada en un punto visible sólo para él.

—Barbara no está enferma.

—¿Eh?

—Lo que he dicho.

—¡Que me aspen si te entiendo!

—No puedo ser más preciso, John. En realidad, no es más que una intuición, algo que me golpeó con su evidencia el mismo momento en que la vi. No tenía el aspecto de una catatonía[1], ya que se alimenta normalmente, aunque es verdad que hay que darle la comida. Sus reflejos son normales y no padece alucinación alguna. La única cosa extraña es que no puede expresarse…

—¿Has intentado que escriba?

—Sí, pero sin resultado. Es como si una barrera le impidiese comunicarse con nosotros.

—¿No se tratará de un «shock»?

—Ésa es la idea que más explica su estado; pero, de todos modos, no me

satisface por completo esa hipótesis.

—¿Tienes algún plan concreto?

—Todavía no. Voy a empezar por hacer psicoterapia; después, si fuese necesario, utilizaría el «electroshock», pero esto solamente me decidiré a ponerlo en práctica en última instancia.

Hubo una pausa.

—¿Por qué no consultas con Jack Cunnigan?

Gary se echó a reír.

—¿A ese charlatán? ¡Por Dios, John! Parece mentira que un psicólogo, un hombre como tú, crea en las paparruchas de un hombre como Cunnigan.

—Yo no digo que crea en él; pero ya sabes que ha hecho cosas bien extrañas. Estuvo en la India y…

—Ya lo sé, le interrumpió el otro —. Estuvo en la India y trajo una serie de «camelos» increíbles… ¡Prever el porvenir! ¡Leer el pensamiento de las perrerías! ¡Estúpido de pies a cabeza!

John se encogió de hombros.

—Tú dirás lo que quieras, Gary; pero cuando me mandaste a verle, para saber lo que hacía, recordarás que te dije que me pareció una persona con una mente privilegiada.

—En eso estoy de acuerdo contigo; pero no significa nada más.

—Cunnigan —insistió Leit —posee, además, poderes extraños, que demostró ante un público entre el que se hallaban varios psiquíatras y un psicólogo: yo.

—¿Y os convenció?

—No es ésa la palabra, Gary: nos asombró.

—¡Paparruchas, vuelvo a decirte! Estaría loco sí, fuese a él para que me dijese qué mal padece Barbara.

—¿Y no dejarás que lo consulte yo?

—¡No! Te ruego, además, amigo mío, que cambiemos de conversación.

* * *

A medida que la noche se acercaba, Olga estaba más y más nerviosa.

La amistosa advertencia de Clara, la esposa del tele-radio, no dejaba de sonar en sus oídos, instándola a que no hiciese nada de lo que después debiera arrepentirse.

Pero…

Había otras cosas que la incitaban a hacerlo, despreocupando los peligros que pudieran presentarse. Por ejemplo: Donald Campson no había probado nada, ni bebido nada, negándose rotundamente a tomar lo que ella, con todo cuidado, le había preparado.

¿Era posible que un hombre pudiese vivir sin comer ni beber?

Al preguntarle si le había ocurrido lo mismo durante el viaje, él contestó que aquello no era más que una fase de la enfermedad y que muchas veces, durante la noche, se había despertado hambriento, devorando cuanto encontraba en su camino.

—Déjamelo todo en la nevera, querida. Es posible que esta misma noche vuelva a tener apetito.

—Como quieras, Donald.

Si pasó toda la tarde leyendo ávidamente. Olga nunca le había visto consumir la lectura de aquella manera y se extrañó muchísimo que él le rogase fuera a comprar algunos libros.

—Pero… ¿qué mosca te ha picado, Donald?

—¿Qué quieres decir?

—Tú no leíste nunca más que los «cartoons» de aventuras. Ahora, de repente, te interesas por mil cosas que antes no te llamaban la atención.

Él sonrió.

—Me he dado cuenta, querida, de todo el tiempo que perdí. No quiero ser un ignorante… —¡Pero si no lo eres! Tuviste el número dos en la Escuela de Astronáutica.

—Ya lo sé: pero fuera de las materias que estudié allí, no sé nada más Por ejemplo, ¿qué me enseñaron de Historia…?

—¿Y para qué quieres saberlo ahora?

—Porque tengo ganas de conocer cosas. ¿Quieres ir a buscarme esta lista de libros, Olga?

—¡Bueno!

Le encontraba raro, distinto, diferente: pero, además de que aquel a año no había pasado en balde, culpaba de casi todo a la misteriosa enfermedad que le aquejaba.

De todos modos, y mientras le servían los libros, telefoneó nuevamente a Clara Dey.

Ésta se alegró mucho de que la llamase.

Le explicó todo lo raro que había observado en Donald y la otra le escuchó en silencio; después, cuando Olga acabó de hablar. Clara exclamó:

—¡Es fantástico! Igual que le ocurre a Dey… Me ha dicho que se consideraba un padre indigno de que no quería aparecer ante sus hijos como un ignorante.

—¿Te ha hecho comprar libros también?

—Sí, Esta mañana fui dos veces a la librería. ¡Y cómo los lee, Dios mío!

—¿Qué quieres decir?

—Que ha terminado una Historia Universal de más de mil páginas en quince minuto?… ¡Tengo miedo. Oiga!

—Sí. Algo ha trastornado a nuestros maridos. Yo te propongo que mañana

consultemos con los familiares de los otros miembros del «Argos»: ¿Qué te parece?

—Una magnífica idea. Bueno, Clara… ¡Hasta mañana!

Iba a colgar, pero la otra se lo impidió al gritar:

—¡Olga!

—¿Qué?

—No harás nada… ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—De lo que hablamos esta mañana no he podido deje, de pensar en ti. ¡No hagas nada, amiga mía!

—Pero…

—¡Ya sabes a qué me refiero. ¡No entres en su habitación por la noche y ciérrate bien en la tuya!

—Exageras, querida.

—¡No!

—Después de todo, Donald es mi marido y…

—¡No lo hagas! Los niños dormirán conmigo y ya puedes estar segura de que mi puerta estará cerrada.

—Bueno… no pases pena por mí. No haré nada.

—Me quitas un gran peso de encima.

—Adiós, querida…

—Adiós, Olga. Hasta mañana.

Salió de la librería, dirigiéndose a su domicilio. Allí, después de lo que había oído decir a su amiga, pudo comprobar que ésta no mentía, ya que Donald, como su amigo el tele-radio, parecía devorar las páginas leyendo a una velocidad increíble.

Habían sonado las diez de la noche cuando Olga, deseosa de terminar con aquella espantosa incertidumbre, besó a su marido.

—Me voy a descansar, Donald.

Él apenas si separó la mirada del libro y contestó de una manera mecánica:

—Bien, Oiga…

—¿Tú no vas a dormir?

—No, aún no.

—No olvides que debes descansar.

—Lo haré dentro de un rato.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Pasó ella a su habitación, corriendo el cerrojo para que él se percatase que le obedecía. Pero no se desnudó.

Sentada en el suelo, junto a la puerta, escuchaba atentamente, pendiente de

todos los ruidos que llegaban, a través de la madera, hasta ella. Durante un larguísimo tiempo, que le pareció una eternidad, no oyó más que el paso rápido de las páginas del libro.

¿Cómo era posible que Donald leyese tan rápidamente?

El tiempo pasaba con una lentitud desesperante y ya estaba a punto de desnudarse y meterse en la cama, cosa que juzgaba lo más útil, cuando oyó que Campson se levantaba, acercándose a la puerta de su habitación.

Contuvo la respiración, sintiendo que el corazón le latía locamente.

Sintió la presencia de él justo a la puerta; después, tras unos minutos que le parecieron siglos, Donald se alejó hacia el cuarto de los huéspedes que ella le había preparado.

Esperó.

Sabía que tenía que hacerlo, que debía tener paciencia y dejar que los minutos pasasen sin dejarse arrastrar por la fiebre de curiosidad que la tenía prendida.

Encendió un cigarrillo.

«¡No lo hagas, Olga!»

Era la voz de Clara que resonaba en sus oídos, con más fuerza que jamás.

«Debo hacerlo —pensó —. Es la única manera de terminar con esta horrible pesadilla.»

Porque todo lo que había ocurrido hasta entonces, desde que Donald llegó junto a ella, no había sido más que eso: una alucinación, un mal sueño, que no podía jamás coincidir con la realidad.

¡Ella le había pensado de una manera tan diferente!

Miró su reloj de pulsera.

Eran las doce de la noche.

El silencio reinaba por doquier y no había motivo alguno para alarmarse; así, abriendo quedamente la puerta, salió a la oscuridad del «livings», dándose inmediatamente cuenta de que la luz filtraba por la parte baja de la puerta de la habitación de los huéspedes.

¿Era posible que estuviese Donald despierto todavía?

Avanzó con todo cuidado. Se había puesto unas zapatillas de casa y sus pasos eran silenciosos en absoluto. La lista iluminada que, bajo la puerta, se filtraba en el suelo, la atraía como algo irresistible.

Pensó, al acercarse, que podría mirar por el ojo de la cerradura; pero pronto se dio cuenta de que Donald tenía la llave puesta por el otro lado, ya que ningún rayo de luz salía por allí.

No tenía más solución que mirar por debajo de la puerta.

Al llegar junto a la entrada de la habitación de los huéspedes, que generalmente, cuando Donald estaba en casa, estaba destinada a algún amigo del Este que venía a verle. Prestó oído.

Y entonces, por primera vez, le pareció como si Donald estuviese limando rápidamente un trozo de metal.

Curiosa, se arrodilló primero, tendiéndose, después de forma a poder echar una primera ojeada. Tuvo que aplastar la cabeza contra al suelo, acercando el rostro a la ranura luminosa, para poder llegar hasta el fondo de la habitación.

Un escalofrío terrible le recorrió todo el cuerpo.

Dos pies desnudos, inmensamente largos y poco humanos, estaban junto al lecho. Forzando un poco más, alcanzó a ver las pantorrillas lisas, de piel rojiza, y, justo a la altura de las rodillas, una especie de zona peluda que caía desde los muslos.

¡Aquél no podía ser Donald!

Durante un par de minutos permaneció inmóvil, sin poder ver más que lo que alcanzaba la parcial visión que le permitía la puerta; pero, de todos modos, había visto lo bastante para que el terror se apoderase de ella.

¿Qué ocurría al otro lado, Señor?

¿Qué era aquel ruido de lima y quién podía ser la monstruosa criatura que estaba con Donald…?

Una sensación de peligro se apoderó de ella.

¡Su esposo estaba en peligro!

A partir de aquel instante y obrando con la misma prudencia dictada por el miedo, volvió a incorporarse, alejándose de puntillas hacia el «living», con la idea fija de telefonear a la policía e intentar, fuese como fuera, salvar a Donald del peligro que corría junto al monstruo.

Al llegar al «living», sumido en una oscuridad casi total, tropezó sin darse cuenta con uno de los libros que su esposo había dejado en el suelo.

No se atrevió ni a respirar ni a volverse.

Sintiendo que el corazón amenazaba salírsele del pecho, permaneció completamente inmóvil, temblando de pies a cabeza, Pero la tranquilidad tornó a ella al comprobar que nada ocurría y que el monstruo no debía haberse percatado de nada.

Prosiguió avanzando.

Hacía ahora lo imposible por no producir sonido alguno. Y cuando llegó junto a la mesita donde estaba el teléfono tuvo la seguridad de que nadie podía haberla oído.

Descolgó el aparato.

Todavía, antes de llevárselo junto al rostro, escuchó atentamente, sin oír más que el zumbido de la señal que partía del microteléfono.

Marcó.

Sujetaba el disco, haciéndolo retroceder suavemente, de manera a impedir que el chasquido metálico fuese oído.

Tres… cero… cero… dos…

Con los labios apretados y sin respirar apenas, marcó el número de urgencia de la policía de la ciudad. Tan ensimismada estaba en lo que hacía, que no se percató de que la luz de la habitación de los huéspedes se había apagado y de que la puerta se abría suave y lentamente.

¡Riiiiing…!

La llamada la sobresaltó.

Una alta silueta, apenas visible en la oscuridad, empezó a avanzar hacia el divina. Sus enormes pies descalzos no hacían el menor ruido y sólo los enormes ojos, como dos glóbulos sanguinolentos, brillaban intensamente.

¡Riiiiing...!

¿Por qué no contestaban ya?

¡Riiiiing…!

La enorme silueta estaba ya detrás de ella y sus dos brazos terminados en una especie de pezuña, se alargaron, apoderándose del cuello de la mujer, que no pudo llegar ni a gritar.

Una de las manos colocó el teléfono en su sitio.

Luego, despacio, volvió a ayudar a la otra, aumentando ya la increíble presión que ésta ejercía sobre la garganta de Olga, que, prácticamente, estaba muerta.

CAPÍTULO V



ESDE que había quedado viudo, Thomas Winter concentró toda su alegría de vivir en su hijo Alan, Así, cuando éste se mostró dispuesto a formar parte de la tripulación del «Argos», experimentó un agudo dolor, sin atreverse, no obstante, a contradecir al joven y brillante piloto, del que estaba profundamente orgulloso.

Había pasado un año interminable, esperando.

Y seis meses horribles cuando el «Argos», después de la decisión de su capitán de continuar el viaje hacia Júpiter, dejó de enviar noticias.

Ahora, sentado en su habitación, con la ventana abierta, la pipa en la boca y el entrecejo fruncido, pensaba en todo lo que le había contado Alan en aquel viaje larguísimo, de todos los detalles de la navegación, de la titánica lucha para vencer la atracción de Júpiter y del colosal aterrizaje en Calisto.

Todo aquello era misterioso y sobrepasaba un poco la imaginación limitada del viejo. Él seguía atendiendo su tienda en la ciudad y poco entendía de aquellas complejas cosas que hacían la profesión de su hijo.

En cuanto al otro aspecto de la cuestión.

Thomas se había preocupado un poco, cuando su hijo le habló de aquella extraña enfermedad que habían contraído, según él, todos los miembros de la tripulación.

Había sonreído cuando Alan le dijo que debía cerrar la puerta por la noche. Y para complacerle lo había hecho, sin dejar de experimentar una divertida sensación, ya que no creía una sola palabra de lo que Alan le había contado, seguro de que el muchacho deseaba salir por las noches.

¿No era natural?

Las especiales relaciones entre padre e hijo no habían dejado sitio para que Alan intimase demasiado, en ciertos aspectos, con Thomas; pero el padre se daba cuenta de que su hijo se había convertido en un hombre y que era normal, aunque doloroso, que buscase una mujer para fundar una familia.

Sabía que su destino era quedarse solo, pero era lo bastante sensato para aceptarlo como algo inevitable.

Por eso, deseando convencerse de que sus sospechas eran ciertas, se había sentado junto a la ventana, con la luz apagada y una sonrisa de comprensión en su viejo rostro.

Veía desde allí el jardín y, a la izquierda, el barracón que Alan había

destinado a taller y donde, muchos días, pasaba el tiempo trabajando en cosas de su especialidad. Aún estaban allí los primeros modelos de astronaves que había hecho cuando niño, demostrando una afición que iba a guiarle después.

Sí, estaba orgulloso de Alan y pensaba reunir a los vecinos y clientes, uno de aquellos días, para dar una pequeña fiesta y que su hijo contase las maravillas de aquel viaje único.

¡Su Alan!

Verdad que terminaría casándose, ya que era un guapo mozo y las chicas se fijaban en él; pero el viejo que agarraba férreamente a la esperanza de que Alan estableciese su hogar allí, en la amplia casa que poseían y donde él procuraría molestar lo menos posible a la joven pareja.

Alan no le abandonaría.

Aquella seguridad llenó su corazón de gozo.

Fue entonces cuando oyó que de la habitación de Alan llegaba el ruido de la puerta al abrirse. Momentos más tarde oyó los pasos de su hijo que, después de detenerse ante su puerta, seguramente para comprobar si él dormía, descendió las escaleras, cuidando de hacer el menor ruido posible.

Thomas sonrió.

Estaba convencido de que Alan le contaría, al día siguiente, su aventura de la noche. Él le forzaría a ello y ya no habría necesidad de que saliese sigilosamente de la casa. Thomas estaba dispuesto a dar a su hijo toda la libertad que merecía.

Inmóvil, junto a la Ventana, oye abrirse la puerta de la casa, luego, la silueta del joven se dibujó en la semioscuridad del jardín, que la claridad de las estrellas y los ojos del viejo, habituadas a la negrura, velan perfectamente.

Pero, en vez de dirigirse hacia la puerta del jardín, Alan oblicuó, yendo al barracón-taller, en el que penetró con toda clase de precauciones, mirando sin cesar a la casa.

¡Pobre pequeño!

Estuve tentado de bajar al taller y decir a Alan que debía descansar, en vez de empezar a trabajar el mismo día de su llegada.

Pero pensó que era posible que se molestase.

Alguna cosa debía de preocuparle y su espíritu estudioso le impidió dormir, impeliéndolo a resolverlo.

Se decidió, a acostarse.

Una vez en el lecho, en medio del silencio de la noche. 0yó el trabajo de lima de Alan. Y, sonriendo, dichoso y lleno de orgullo, el viejo Thomas se dejó arrastrar por el sueño pacífico de un padre feliz que se siente orgulloso de su hijo.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se encontró con Alan en la cocina.

—¡Hola, hijo!

—¡Hola!

—¿No vas a desayunar?

—Ya lo he hecho. Voy a salir a ver a mis compañeros.

Thomas guiñó un ojo.

Tienes algo importante que comunicarles, ¿verdad?

El joven enarcó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Thomas sonrió.

—Soy un viejo curioso, Alan. Anoche te vi entrar en el barracón y limar hasta que me quedé dormido.

Alan se había puesto intensamente pálido y preguntó de mal humor:

—¿Te dedicas a espiarme, padre?

—¿Cómo dices esas cosas, pequeño? Pensé bajar para, como tantas veces lo he hecho, obligarte a meterte en la cama. Ya comprenderás que no podía encontrar bien que, en vez de descansar, después de ese espantoso viaje, te pongas a trabajar la primera noche de tu estancia en casa.

—¿No te dije que te encerraras en tu cuarto?

—Y ya lo hice, pero la ventana estaba abierta y…

—¡No vuelvas a hacerlo!

—Pero…

—Si no me haces caso, tendré que irme de esta casa. Y no volveré nunca más.

Un sudor frío empapó las palmas de las manos de Thomas. Hubo un largo y penoso silencio.

¡Perder a su hijo!

¿Cómo puede un padre llegar a ser tan estúpido, tan entrometido, como para poner en peligro su propia felicidad?

Alan tenía, toda la razón en quejarse, ya que era un hombre y podía hacer lo que se le antojase.

—Perdona…

Y ante el silencio obstinado de su hijo prometió:

—No volveré a hacerlo más, Alan.

—Bien. Así lo espero… Volveré tarde No me esperes a comer.

—Está bien.

Salió el hijo y Thomas permaneció allí, ante la mesa, sin saber qué hacer, sintiendo que su apetito había desertado de él y que sólo tenía unas incontenibles ganas de llorar.

Se contuvo.

Después, ya seguro de que Alan estaría lejos, se acercó al barracón, cuya

puerta estaba solamente entreabierta. Deseaba convencerse de que había sido un tonto al espiar los importantes trabajos de su hijo. Además, y aquélla era la verdad, quería echar una ojeada a las maquetas que Alan había hecho cuando era joven.

Cuando aún podía permitirse el reñirle…

Una exclamación de asombro se escapó de sus labios al ver que las maquetas habían desaparecido y que, en el suelo, junto a la estantería donde habían estado siempre, quedaban, como todo resto, unas limaduras de metal, que la luz que penetraba por la ventana hacía brillar.

* * *

Clara Dey intentó inútilmente establecer comunicación con su amiga Olga, y viendo que no lo lograba, se decidió a ir a visitarla. Ahora, de día, sus temores habían desaparecido y estaba mucho más tranquila, ya que Fred se había comportado normalmente, aunque se negó a tomar nada, alegando que no tenía apetito.

Se había quedado con los niños, leyendo, como siempre, y ella aprovechó aquella ocasión para ir a ver a su amiga, deseosa de saber si Olga había logrado descubrir algo.

Le extrañó encontrar la puerta del piso de los Campson abierta, y después de llamar varias veces se decidió a entrar.

—¡Oiga!

Nadie le contestó.

Preocupada, recorrió el pasillo lateral que llevaba al «living», Y fue al entrar en aquella estancia cuando descubrió el cuerpo de su amiga.

Horrorizada, permaneció largo tiempo allí, inmóvil, sin saber qué hacer, con la mirada fija en Olga, que estaba en el suelo, con el rostro hacia arriba y una expresión de indecible espanto en la cara.

Reaccionó poco después, llamando a la policía. Pero cuando el inspector, quince minutos más tarde, procedió a interrogarla, no consiguió decir casi nada, ya que los sollozos interrumpían constantemente sus ya entrecortadas frases.

Ella se daba cuenta, mejor que nadie, de que no estaba autorizada a decir lo que su esposo le había rogado guardar para ella, como un secreto de la mayor importancia.

«Ten en cuenta le había dicho Fred —que si saben que estamos enfermos nos encerrarán en una clínica, alejándonos de nuestras familias.»

¿Cómo podía ella hablar de lo que dijo a Olga de las recomendaciones que le dio y de las veces que le rogó que no espiase a su marido?

Donald Campson, por el que el detective preguntaba insistentemente, regresó cuando menos lo esperaban, y la escena, ante su mujer muerta, fue tan emocionante que Clara se vio hundida en un confuso mar de dudas. Le parecía completamente imposible que un hombre —si él era el culpable —pudiese

llorar de aquella manera tan sincera.

Aunque también era muy posible que él hubiese hecho aquello «en un momento en que no podía controlar la locura que los tripulantes del «Argos» hablan adquirido en el espacio».

Se prometió, decidida, cuando la acompañaron a su casa., no molestar jamás a Fred y seguir sus instrucciones, encerrándose en la habitación con los niños durante todas las noches.

* * *

Hacía casi una semana que no pasaba por el Instituto. Disconforme con los procedimientos que Gary estaba empleando con Barbara, John prefirió tomar sus vacaciones, que la llegada del «Argos» había interrumpido.

Pero no salió de la ciudad.

No dejaba de dar vueltas al asunto, de pensar en todo aquello, experimentando la oscura seguridad de que había, algo que podía explicar el estado de la muchacha, algo que ni siquiera se atrevía a entrever.

El asesinato de la señora Campson no fue más qué un suceso de corta duración, ya que la policía logró ahogar la publicidad que la prensa estaba dispuesta a darle. John, que habló con la policía, se percató de que ésta andaba a ciegas, ya que no habían encontrado huellas dactilares en el cuello de la víctima y sí en el suelo, junto a la mujer, unos cuantos pelos rojizos que el laboratorio no logró identificar como pertenecientes a ninguna clase de animal conocido.

¿Habrían traído los expedicionarios alguna criatura del espacio que guardaban como recuerdo, sin haberlo declarado a su llegada?

La policía registró cuidadosamente los hogares de todos los supervivientes de la astronave sin encontrar nada que justificase sus sospechas.

Y se dejó de molestar a los astronautas.

Aquella mañana, sin poder resistir más, Leit telefoneó a su jefe.

—¿Ya estás de regreso?—inquirió éste.

—Oficialmente no, Gary —repuso John—. Además, no he salido de la ciudad, pero me he tomado un descanso que necesitaba.

—Lo comprendo.

—Ya comprenderás también que quería dejarte solo. Hay momentos en que cualquier presencia, incluso la de un amigo, puede ser molesta.

—¡No digas eso!

—Es la verdad…

Y después de una pausa preguntó:

—¿Has logrado algo, Gary?

Hubo un silencio; después dijo:

—No, nada.

—¿Sigue igual?

—Sí. Y no sé qué pensar. Los psiquíatras afirman que Barbara no padece ninguna afección mental y que el estado de su espíritu es normal.

John preguntó:

—¿Qué hace ella?

—Lo de siempre: desesperarse… y desesperarme a mi. Intenta vanamente comunicarse conmigo, lo leo en sus ojos; pero no consigue nada.

—¿Ha intentado escribir?

—Mil veces, pero sus manos se niegan a hacerlo y no logra más que unos garabatos que no dicen nada… o que quieren decir mucho, pero que yo soy incapaz de comprender.

—¡Pobrecilla!

—Es desesperante, John. Con franqueza, no sé qué hacer.

—No hay que considerarse completamente vencido, amigo mío.

El otro rio, en el extremo del hilo, con una risa forzada y con tono doloroso.

—Creo— dijo—que esta vez estoy vencido, John: definitiva y completamente derrotado.

—¡No digas eso!

Cambiaron un par de frases más y John se despidió, prometiendo que iría al Instituto unos días después.

Al colgar el aparato mantuvo la mano sobre él, apretándolo con fuerza, como si luchase con algo importante.

Y así era.

Estaba dispuesto a desoír los consejos de Gary, sus escrúpulos científicos, su manera recta de pensar. Iría a ver a Cunnigan y lo haría ahora mismo, sin esperar ni un minuto más.

En efecto, veinte minutos más tarde detenía su coche en las afueras de la ciudad, ante el pabellón blanco que habitaba Jack.

Jack Cunnigan había llegado a América dos años, antes, después de una estancia en Oriente de cerca de quince años. A pesar de haber cumplido cuarenta y cinco años, poseía un aspecto físico envidiable y un aire de salud que subrayaba el tono curtido de su piel, que aún se conservaba como cuando bajó del avión que le traía de Nueva Delhi.

Había, dado conferencias, intentando interesar a mucha gente, pero los círculos oficiales y sobre todo los científicos, fueron cerrándole sus puertas hasta que lo confinaron en su domicilio, al menos positivamente.

Había traído de la India dos cosas para él de la mayor importancia: una gran cantidad de conocimientos inéditos y una esposa Yandra: una mujer bellísima, de ojos intensamente negros y cuya frente al estilo de su país, se ornaba siempre con una piedra preciosa incrustada en la piel aceitunada.

Fue ella la que abrió la puerta a John cuando éste hubo atravesado el

cuidado jardín que se extendía ante la casa. Leit se inclinó, con una sonrisa en los labios.

—¿Está míster Cunnigan, señora?

—Sí, pase.

Existía un interesante contraste entre el exterior, moderno, de la casa, y el interior, donde reinaba una decoración oriental en la que se veía la mano de aquella mujer que, vestida corno las damas indias, se movía silenciosamente sobre las alfombras que cubrían el suelo.

—¿Quiere tomar asiento, míster…?

Hablaba el inglés con un dulce acento, haciendo que los sonidos sajones cobrasen una extraña musicalidad.

—Me llamo John Leit.

—Gracias. Espere un momento, tenga la bondad. Volveré inmediatamente.

Desapareció al otro lado de un arco y John, ya sentado, observó con curiosidad el ambiente exótico que le rodeaba. Tuvo que admitir en seguida que el orientalismo de aquella casa no era el sobrecargado que él había visto en fotos y películas. La sobriedad y el gusto se imponían por doquier, como si un aire moderno hubiese hecho desaparecer ese amontonamiento de objetos que caracteriza las casas de Oriente.

Aquello le impresionó agradablemente.

Recordó, con una sonrisa en los labios, las conferencias que Cunnigan había dado en medio de un huracán de polémicas, ya que sus narraciones, en la mayoría de los casos, venían a derrocar conceptos que la ciencia psicológica occidental consideraba poco menos que como axiomas inconmovibles.

Y, sin embargo, como recordaba ahora con una nitidez sorprendente, Jack no se acaloró en sus charlas, como lo hacían los demás. Su vos era tranquila, serena. Hablaba, parecía, en voz baja, sin que el tono aumentase ni en los momentos en que hubiese parecido necesario hacerlo. Era un tono monótono, casi impersonal.

John se había dado cuenta, desde la primera vez que escuchó a Cunnigan, que éste, estaba poseído por una verdad que quemaba su espíritu en un fuego apasionante y misterioso.

También se dio cuenta de que el hombre no se había abierto del todo en sus charlas y conferencias, quizás adivinando ya la oposición cerrada que iba a encontrar en los hombres de ciencia de su país.

La voz de Cunnigan le sacó de su ensimismamiento.

—Buenos días, míster Leit.

CAPÍTULO VI



L joven se puso en pie.

—Siéntese, amigo mío…

Se estrecharon la mano y Jack se sentó frente al visitante.

—Tomaremos un poco de té, ¿verdad?

—Con mucho gusto.

Su esposa apareció en aquel momento con una bandeja que dejó sobre la minúscula mesa adamasquinada que había entre ambos. Sirvió silenciosamente la infusión y volvió a desaparecer de la misma manera que había venido.

John sacó su pitillera.

—No fumo —dijo Jack.

Era un hombre alto, delgado, pero con una constitución que, a primera vista, demostraba de una forma patente su solidez casi atlética. Sus cabellos negros, con muchas hebras plateadas, le caían abundantemente sobre los hombros. Y bajo la frente, ligeramente abombada y de impresionantes dimensiones, sus ojos azules ofrecían la paz de un cielo sin nubes, que hacía recordar un paisaje paradisíaco.

—He venido a verle porque necesito su consejo—dijo John.

—Sólo pide consejo el que desea conocer la verdad— repuso el otro.

Hablaba generalmente dando a sus frases un profundo sentido parabólico, universalizando los conceptos la mayor parte de las veces.

—Supongo que habrá usted oído hablar del regreso del «Argos», ¿verdad?

—Sí.

—Y creo que también sabrá que la señorita Cussing, la prometida del profesor Steemor, mi jefe y amigo, ha llegado a un estado raro, en una especie de hermético mutismo.

—Lo sé.

—Éste es el motivo de mi visita, míster Cunnigan… El profesor Steemor ha hecho lo imposible por salvar la mente de su novia, utilizando todos los procedimientos científicos que tiene al alcance de sus manos; pero, como le decía antes, no ha conseguido nada.

—Lo sé.

—¿Cómo? ¿Está usted informado de lo que Gary ha hecho?

—Me lo contó Yandra.

John abrió los ojos, asombrado.

—¿Su esposa?

—Sí.

—No comprendo…

Jack sonrió.

—Es natural que no comprenda.

Y después de una pausa, entornando los ojos, dijo:

—Usted estuvo, lo recuerdo bien, en algunas de mis conferencias.

—Así es.

—Aunque es posible que haya olvidado muchas cosas de las que dije en ellas.

—Yo no estoy preparado… —intentó azarado disculparse Leit.

—Lo sé… Estamos acostumbrados a creer en Occidente que el único medio de comunicación entre los humanos es la palabra. El que tengamos que hablar para ponemos en contacto los unos con los otros ha sido, al mismo tiempo, una cosa maravillosa y un «hándicap» terrible.

—¿No es un contrasentido?

—Vivimos sumergidos en ellos. La palabra, al ser el único medio de unión entre los humanos, ha forjado una civilización «exterior», en el que las criaturas son «lo que dicen», no lo que son en realidad. Las palabras salen del alma, pero han de atravesar forzosamente una serie de tamices, de filtros, antes de llegar a quien nos escucha.

»Esos filtros las desvirtúan, las visten de oropeles y mentiras, que viene a ser lo mismo. Y a medida que la civilización avanza, los filtros son más densos y las palabras expresan casi siempre lo contrario de lo que, al nacer, llevaban en ellas.

»Un hombre primitivo expresará su odio sencillamente; un civilizado adulará a la persona que detesta la mentira, vertiendo palabras de amor al ser que, en el fondo, le es indiferente. La mentira, el fraude, el engaño; he ahí la traducción, correcta de lo que pomposamente llamamos «savoir faire», o «mundología», o «buenas maneras»…

—Eso es verdad—repuso John—. Nosotros damos el nombre de «Súper-Yo» a ese censor de nuestras ideas del subconsciente.

—Ya lo sé. Pero el defecto de la ciencia es el de considerar inconmovibles esos conceptos que ella misma ha creado: «Súper-Yo», «Subconsciente», «inconsciente» … ¡Palabras! Solo eso: palabras.

La verdad es mucho más sencilla: situado por encima de todas las criaturas vivas, el hombre debe superar la «fase verbal», que es como una etapa en su evolución. Y como la palabra no expresa la realidad del ser, es el pensamiento, la idea, quien tiene que salvar al nombre del engaño en que le

han encerrado sus palabras…

»¿Recuerda a Shakespeare? Él intuyó ya la falsedad de casi todo lo que se dice. Y cuando hizo que uno de sus más célebres personajes, compendiando la forma de ser de la humanidad, exclamase aquello de: «¡palabras!, ¡palabras!, ¡palabras!», le hizo resumir algo que hace estremecer de espanto. Al demostrar la falsedad de todo lo que se dice, tiró por tierra todo lo que se había hecho.

—¿No es una posición demasiado extremada?

—No. Las palabras han llegado a ser, algo tan despreciable que ha de darse «la de honor» para que le crean a uno… Recuerdo uno de los cantos que oí en la India: «Lávate de todas tus palabras, hombre …desnúdate de todo lo que has dicho… ¡y enmudece para siempre! Será entonces, sólo entonces, cuando empezarás a vivir de verdad…»

Sonrió.

—Pero todo esto no importa. Ha venido usted a algo concreto y yo, estúpido de mí, le alejo con mis pobres palabras.

Y después de una pausa comunicó:

—Yandra mi esposa, recibió un angustioso mensaje cuando el «Argos» no había llegado aún a la Tierra.

—¿Un mensaje? ¿De quién?

—De la señorita Cussing.

—¡No es posible!

—¿Por qué?

—Porque nosotros intentamos vanamente ponernos en comunicación con ella. Y no conseguimos nada; es decir, una especie de rugido que nos hizo estremecernos de horror.

—Ustedes pidieron palabras a esa joven…

—¿Qué quiere usted decir?

—Que ella no puede moverse en el mundo de las palabras. El mensaje que Yandra recibió fue puramente mental.

—¿Telepático?

—Llámelo como quiera. Ustedes llaman telepatía a la comunicación de dos seres a través de la distancia: para nosotros, ése es el medio normal de comunicación entre las criaturas humanas.

»¿No es verdad que dos seres que se aman pueden decirse cosas con la mirada? ¿No es cierto que entre personas compenetradas se produce un flujo de ideas constantes y que no es raro que piensen en lo mismo sin necesidad de haber hablado de ello?

—Sí, todo eso es cierto.

—¡Claro que lo es! Lo que ocurre es que la palabra, como dije antes, ha coartado ese medio, esa forma idónea de expresión que es la idea. Las ideas

no mienten, míster Leit.

—¿Y dice usted que su esposa recibió un mensaje?

—Sí, La señorita Cussing pedía ayuda. Intentando romper la barrera mental que la rodea, pidió auxilio.

—Sigo sin entender. Usted habla de una barrera mental… ¿Qué quiere decir con eso de que la rodea una barrera? Acláremelo.

—Que esa joven no padece enfermedad mental alguna: lo que ocurre es que alguien le impide expresarse.

—¿Alguien?

—Sí. Alguien a quien no interesa que ella diga lo que sabe.

—Pero ¿quién puede ser? ¿Quién posee una fuerza semejante para lograrlo o a quien le interesa que Barbara no hable?

—No lo sabemos, pero Yandra ha podido conocer el sentido de las ondas mentales que afectan a esa joven.

—¿El sentido? ¿Quiere explicarse mejor?

—Sí. Las ondas mentales que sujetan la voluntad de la señorita Cussing llegan del espacio.

—¿Eh?

La cabeza le daba vueltas y no veía más que absurdo, imposible, en todo aquello.

«Ondas mentales», «barrera mental»…

Casi se arrepintió de haber venido a casa de Cunnigan.

—Comprendo que no crea una palabra de lo que le digo, amigo mío.

John se irguió, en guardia.

—¿Cómo? ¿Qué sabe usted…?

La respuesta llegó tranquila, clara, como una luz que cegase:

—Estoy leyendo sus pensamientos, señor Leit.

John se sintió como si acabasen de desnudarle. Experimentaba un tremendo complejo de inferioridad ante aquel hombre extraño.

—No debe preocuparse… —dijo el otro—. Usted emite sus ideas y mi cerebro se limita a captarlas. Es algo que no puedo evitar.

—Lo comprendo.

—Como le decía, mi esposa identificó la trayectoria, o parte de ella, de esas ondas mentales activas: las que sujetan el cerebro de la señorita Cussing como las más fuertes ligaduras. Es indudable que esas ondas llegan del espacio, lo que nos llevan a la conclusión de que son criaturas espaciales las que están interesadas en que la joven no manifieste nada de lo que conoce.

—¡Pero eso es absurdo! Todos los supervivientes han estado de acuerdo en decir que no había seres inteligentes en los mundos que visitaron.

—Puede ser que ellos viesen lo que la señorita Cussing.

—Eso es verdad, ya que fue solamente ella la que salió con los que no regresaron; pera lo que usted afirma nos hace suponer que esas criaturas tienen propósitos respecto a nosotros.

—Sí.

—¿Una invasión?

Cunnigan se encogió de hombros.

—Estamos tan acostumbrados a leer cosas de ésas, que vemos en seguida invasiones por todas partes. No, míster Leit, yo no creo que se trate de una invasión… al menos en el sentido restrictivo que damos a ese vocablo.

—¿Entonces…?

—La calidad indudable de telépatas que esas criaturas poseen y el estado de la joven nos lo demuestra de una manera convincente, me hace pensar en otros propósitos, aunque no podría decir realmente cuáles.

—¡Todo eso es fantástico a no poder más!

El otro sonrió.

—Para la ciencia, la fantasía empieza donde ella acaba ¿No se dio cuenta de que siempre ocurre lo mismo? Cuando la ciencia no puede escudriñar las tinieblas que rodean al hombre, uno de ellos «fantasea»; es decir, levanta una hipótesis que, ya lo dice la palabra, está «debajo» de la tesis supeditada a la ulterior demostración experimental.

»Pero se olvida, con demasiada frecuencia, de que hay cosas que no pueden experimentarse, sencillamente porque se experimentaron una vez… y jamás se volverá a hacerlo.

»Por ejemplo: el hombre duda en cuanto a la Creación del mundo porque no hay posibilidad de «repetir ese hecho», de llevarlo al campo de la experimentación; pero ¿deja por eso de ser una verdad?

Hubo una pausa.

—Así ocurro con otras muchas cosas. Por eso, todo lo que le digo le parece deleznable fantasía y, por tanto, cercano a la falsedad, por falta de comprobación «in vitro».

Una idea vagaba ya por la mente de John. Estaba seguro de que el otro ya la había leído; pero, no obstante, la formuló.

—¿Se vería usted capaz de sacar a Barbara de ese encierro mental?

Jack no contestó inmediatamente. Había bajado la cabeza y parecía ensimismado en la contemplación de algo invisible para John.

—Usted sabe que el profesor Steemor no lo consentiría.

—¡Sí!—se apresuró a responder Leit—. ¡No tiene más remedio que ceder! ¡No le queda otra salida! Ya ha comprobado que los medios científicos no le sirven para nada. Además, el amor que tiene a Barbara hará que desaparezcan de su mente todos los obstáculos que su cientifismo podría oponer a la experiencia.

—Yo no he dicho que logre nada positivo.

—Es igual. No podemos permitirnos el lujo de no intentarlo.

Hubo una nueva pausa.

—¿Lo hará…?

—Si el profesor quiere, no veo nada en contra. Pero creo que tendré que ser ayudado por mi esposa.

—¿Por qué?

—No olvide que sabemos que son varias mentes las que trabajan sobre la de la señorita Cussing. Yo solo, en verdad, podría fracasar, ya que algunos de esos espíritus se dedicarán especialmente a coartar mis esfuerzos. Con la ayuda de Yandra, que podría ser la «sensitiva real», la que hablase con la joven Barbara, yo me dedicaría a luchar contra los otros; aunque, de todos modos, no será nada fácil.

—Me da miedo pensar que estemos bajo el influjo de criaturas del espacio.

—Tarde o temprano, tal cosa debía ocurrir. No quiere decir nada que hayamos encontrado a Marte desierto, en contra de lo que pensaban muchos. La vida, en el universo, es ante todo idea. Y es contra las ideas contra las que tendremos que luchar.

—Pero ¿qué intentan nuestros enemigos?

—No lo sabemos. Por el momento, impedir que conozcamos su existencia. Después, cuando la señorita Cussing haya podido expresarse, es muy posible que sepamos lo que quieren y cómo desean conseguirlo.

John se puso en pie.

—¡Voy a hablar con Gary!

—Un momento. Convendría, desde todos los puntos de vista, que la señorita Cussing viniese aquí acompañada por ustedes dos… solamente?

—Bien.

El otro estrechó la mano que John le tendía.

—Hace unos días que Yandra y yo queríamos ir a hablar con las autoridades. Desde que ella captó el mensaje de la señorita Cussing, nos dimos cuenta de la existencia de un nuevo peligro para el mundo; pero—una triste sonrisa entreabrió sus labios —nos hubiesen echado de cuantos sitios hubiéramos intentado visitar.. No olvide que somos seres fantasiosos y que, en este mundo, desde que el racionalismo científico apareció, no hay sitio más que para las matemáticas.

John abandonó la casa presa de mil ideas contradictorias; pero, sobre todas ellas, una dominaba a las demás.

¡Tenía que probarse si Cunnigan decía efectivamente la verdad!

Mientras conducía el vehículo hacia el Instituto lanzó una mirada al azul del cielo.

Y se estremeció.

Porque se imaginaba aquellas manos, mentales, invisibles, para casi todos, que, desde la lejanía de la órbita de Júpiter, se hundían en la Tierra para amordazar a una pobre muchacha que, con toda seguridad, había visto más de lo deseable.

Pero…

¿Por qué no la habían matado, como hicieron con los otros miembros del «Argos»?

La radio del coche, en la que buscó un poco de distracción, le llevó una música que se cortó a los pocos instantes, dejando paso a la voz del locutor que empezó:

«Comunicamos a nuestros radioescuchas, interrumpiendo el habitual programa «Escuche mientras trabaja», que Thomas Winter ha sido hallado muerto en el jardín de su casa, junto a un barracón donde su hijo, el conocido astropiloto Alan Winter, tenía instalado un taller de astromecánica.

»Es, en el espacio de pocos días, la segunda víctima relacionada con los supervivientes del «Argos». Recordaremos que la señora Campson, la esposa del capitán de la astronave citada, fue la primera en sucumbir a una agresión tan cobarde como criminal.

»¿Estamos ante una serle de delitos relacionados con el éxito obtenido en el espacio bajo bandera americana?

»Los editoriales de algunos periódicos de esta mañana así lo afirman, manifestando que es muy posible que agentes de alguna gran potencia, envidiosa de los triunfos de la ciencia y técnicos estadounidenses, intenten crear un ambiente de fatalismo para que viajes como el que ha realizado el «Argos» con éxito no sean repetidos.

»Circulan por eso historias fantásticas de criaturas de otros mundos que habrían venido escondidas en el «Argos». Las autoridades, a este respecto, han manifestado que nadie, excepto los supervivientes de la expedición, llegó en la astronave. Y que cuantos objetos: plantas y minerales, que fueron traídos por los astronautas, están expuestos, desde hace dos días, en el Pabellón de la primera Exposición a Calisto, junto a la Academia de Ciencias Biológicas, donde pueden ser visitados.

»La policía sigue investigando activamente, sin hacer el menor caso de los escasos pelos rojizos que, como en el caso de la mujer del capitán, vuelto a encontrarse junto al cadáver del señor Winter. La opinión de la policía es que esos pelos, que es posible no lo sean, ya que el laboratorio no los conoce como tales, han sido colocados allí para dar pábulo a las fantasiosas opiniones que recorren el país.

»Por otra parte, las autoridades competentes han manifestado que el poderío militar y técnico de los Estados Unidos está preparado y es capaz por sí solo de hacer frente a cualquiera de esas «invasiones», si tal cosa entrase en el campo de lo posible, aunque todo ello no posee fundamento de verosimilitud.

CAPÍTULO VII



SO es todo, Gary…

Steemor encendió un nuevo cigarrillo y observó el ondular del humo, pensando, al verlo, en la evolución de ciertas nebulosas, tal y como lo había visto en películas científicas.

—Es absurdo —dijo después.

—También lo pensé yo —repuso John.

—¿No comprendes que el pensamiento no es una forma de energía que pueda cruzar el espacio? Tú mismo sabes que para captar la electricidad del cerebro en el curso de un encefalograma hemos de ampliar la energía para recibirla. ¿Cómo podría un ser hacer que su pensamiento y su voluntad llegasen desde Calisto a la Tierra?

Y como John no dijese nada exclamó:

—¡Ese Cunnigan está loco!

—De todas formas —insistió Leit—, no perderíamos nada con intentarlo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque es ridículo.

La voz de John se endureció.

—¿Para ti? ¿Temes que digan que el profesor Steemor, director del Instituto de Psicología, se ha rebajado a consultar, en vista de su fracaso, a un teórico vulgar, a un telépata corriente?

Gary se mordió los labios.

Después continuó:

—No es eso, John. Yo daría todo lo que poseo, todos mis cargos y méritos, porque Barbara volviese a ser lo que era. ¿Qué sabes tú de los sufrimientos que se pasan al ver al ser amado en un estado de estupidez que hace pensar en un hebefrénico? ¿Cómo puedes valorar lo que se experimenta al mirar a sus ojos, que parecen arder de ansias de decir cosas, cuando sus labios no son capaces más que de exhalar, de vez en cuando, rugidos de indecible impotencia?

—¿Entonces…?

—¿Entonces… qué? ¡Que no se trata del miedo a un ridículo que, en otras circunstancias, contaría muchísimo para mí! Sino del ridículo en sí, de la

imposibilidad que de esa tontería saquemos nada en claro. ¡Se trata de Barbara, ¿comprendes?! Y no quiero someterla a estúpidas experiencias de médiums, a pases astrales y toda esa colección de simplezas.

John se dio por vencido.

En el fondo, a pesar de haber salido casi convencido de casa de Cunnigan, estaba al lado de su amigo. No en balde habla estudiado con él y visto todo lo que la ciencia ponía en sus manos… que no era poco.

Por eso no dijo nada, guardando un silencio que era la aprobación más rotunda.

¿Cómo podía haberse dejado llevar por todas aquellas explicaciones fantásticas? ¿Quién era Cunnigan para intentar algo tan absurdo como imposible?

Llegó hasta despreciarse por haberse dejado llevar por una sensiblería que ahora recordaba con rubor.

Fue entonces cuando Gary se quitó la chaqueta, y desacordonándose los zapatos a continuación, terminó de descalzarse en un periquete.

—¿Qué haces?—inquirió John, asombrado.

El otro le miró.

—¿Que qué hago?

El teléfono sobre la mesa del despacho, interrumpió a los dos amigos. Gary lo cogió.

—Hello?

—¿Profesor Steemor?

—Soy yo. ¿Quién es ahí?

—Jack Cunnigan.

La voz era lo suficientemente fuerte para que John la oyese.

Los dos amigos se miraron. Y Gary, dispuesto a terminar con cualquier equívoco posible, dijo:

—Escuche, señor Cunnigan. No estamos dispuestos a hacer ninguna clase de experiencias. Seguimos convencidos de que nuestros «pobres medios científicos» —y recalcó agriamente aquellas tres palabras— son suficientes para sacarnos de este atolladero.

La voz de Jack sonó más dulce que nunca al darle la contestación:

—Perfectamente, profesor. Nunca me hubiese atrevido a criticar una postura que, como la suya, merece todos mis respetos.

—De acuerdo entonces.

—Sí, de acuerdo. De todos modos, tenga la bondad de volverse a poner la chaqueta y a calzarse. Adiós, profesor.

Y colgó.

Steemor se quedó boquiabierto, sin saber qué decir. Y su sensación de ridículo creció desmesuradamente cuando John empezó a reír, retorciéndose

en el sillón, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Te causa risa?

—¡Claro! ¡Qué hombre, cielo santo!

—Pero…

John consiguió dominar su risa.

—¿Es que no te das cuenta?

—¿De qué?

—De que nos ha tomado el pelo de la forma más elegante que he visto jamás. Justo, cuando despotricabas de lo lindo contra él, te ha hecho que te quitases la chaqueta y te descalzases…

—¡Eso no es verdad!

Leit sonrió.

—Quieras o no, has obedecido sus órdenes telepáticas, Gary. Cuando me convencías de que no podía ser… ¡Es un tío formidable!

—¡Le haré pagar esta burla!

—No seas tonto. Él no deseaba burlarse de nosotros, sino demostrarnos prácticamente, que no es un charlatán, sino un hombre con poderes suficientes para hacer lo que ha hecho.

Steemor se mordió los labios, sonriendo después.

—Y me ha convencido. Las cosas como son… Ahora no tengo más remedio que prestarme a esa experiencia.

El rostro de John se iluminó de alegría sincera.

—¡Estupendo, muchacho! ¡Ojalá pueda ese hombre sacar a Barbara de su situación!

—Si lo hace —repuso Gary con una expresión de absoluta seriedad —me dedicaré a estudiar sus procedimientos, aunque tal heterodoxia haga que me expulsen del Instituto.

* * *

Les había rogado que se sentasen en sendas sillas, un poco al margen del centro de la sala donde, en una cómoda «chaise-longue», se encontraba Barbara, con los ojos cerrados, ya que Cunnigan había pedido a Gary que inyectase a la muchacha un calmante general.

—Tenemos que hacer —le había dicho Jack —que su cuerpo no responda a los estímulos que podrían llegarle en forma de órdenes de violencia.

—¿No era mejor hipnotizarla?

—No. Necesitamos una mente lúcida, clara, capaz de reaccionar velozmente a las preguntas que se le hagan. No olvide usted que «ellos» harán lo imposible por dominar la situación.

—Comprendo.

No había hablado nada más y Steemor y Leit se habían sentado, no

separando el primero los ojos de la muchacha, y John, de Cunnigan.

Poco después entró Yandra, silenciosa y magnífica como siempre, vestida como debió estarlo en la India. Se sentó en una butaca, cerca de la cabeza tíe Barbara.

Había en el fondo de la estancia y casi sumida en una semioscuridad completa, otro diván donde, después de hablar con su esposa en voz baja, se echó Jack.

Un intenso silencio cayó sobre todos.

Gary luchaba por mantenerse ecuánime ante aquella muestra de rito misterioso que, en el fondo del alma, despreciaba. Pero la vista de Barbara era suficiente para alejar de él todos los prejuicios que su estricta formación científica podían oponerse a la escena que tenía ante sus ojos.

Por su parte, John, mucho más sensible que su amigo al encanto de la experiencia que iba a desarrollarse y con muchísima más fe que Steemor en Jack y su esposa, esperaba que de todo aquello conseguirían mucho.

El silencio llegó a ser insoportable.

Una sonrisa de triunfo empezó a separar ligeramente los labios de Gary; pero, en el momento en que iba a volverse hacia su amigo para que éste tomase parte en su manera de pensar, la voz de Yandra desgarró violentamente la quietud que pesaba todos ellos.

—Estamos aquí para ayudarte, Barbara; para ayudarte contra ellos. No temas nada…

Gary sintió que su corazón empezaba a latir con más intensidad que la normal.

—Escucha, Barbara… Ellos van a intentar dificultar nuestra labor. Por eso, amiga mía, has de aprovechar todos los segundos en que Jack logre deshacer la barrera que ellos han colocado alrededor de ti…

—Creo que puedo hablar.

Al oír la voz de Barbara, Gary intentó levantarse y lo hubiese hecho, corriendo hacia la muchacha, si John no se lo hubiera impedido, cogiéndole por la manga y obligándole a sentarse de nuevo.

—Creo que puedo hablar —repitió la muchacha.

Una ligera sonrisa iluminó el rostro de la india; después, con insistencia, instó:

—Habla, Barbara… sin temor —echó una ojeada a su esposo, que, tieso como un palo, bajo el esfuerzo mental a que estaba sometido, tenía los ojos cerrados y los labios fuertemente apretados—. ¡Habla!

Y Barbara Cussing empezó a contar la historia más fantástica que los dos hombres habían escuchado jamás.

* * *

«Acabábamos de llegar a Marte. El aterrizaje se realizó de una manera

impecable y todos corrimos a felicitar a Alan Winter, nuestro piloto, que enrojeció un poco.

»Harry Fear, el cosmógrafo, seguía mirando por ano de los ojos de buey de proa. Y volviéndose a nosotros dijo:

»—Creo que los novelistas de anticipación tendrán un disgusto cuando les digamos que Marte no es más que un vulgar desierto.

»Nos acercamos, lanzando la primera mirada sobre aquel páramo rojizo, en cuya superficie no se veían más que algunos raros y raquíticos matojos que ni verdes eran, ya que sus hojas; medio calcinadas, eran marrones.

»—¿Será todo así?— inquirió Dey, el tele-radio.

»—Seguro. Marte debió de sufrir los efectos de alguna catástrofe cósmica y la vida se borró de su superficie. Sin embargo, no perderemos nada dando una vuelta y recogiendo todo lo que encontremos.

»Uno de los dos coches orugas fue descendido con la grúa y nosotros tres: Fred Dey, Harry y yo, acompañados de seis tripulantes armados, descendimos, después de ponernos las espacio-escafandras, y tomamos asiento en el interior del oruga.

»Pronto nos dimos cuenta de que Fear no se había equivocado.

»Recorrimos mil doscientas millas, casi sin detenernos— lo justo para coger aquí una planta y allá un mineral que nos parecía original—, no descubriendo más que aquella aridez, aquella monótona llanura rojiza, ligeramente ondulada, pero sin presentar muestras de una geología montañosa.

»Estuvimos en comunicación con Winter, el piloto. Y el segundo día de la exploración, cuando ya pensábamos dar media vuelta, Alan nos dijo que el capitán había caído enfermo.

»No llevábamos médico a bordo, ya que había sido yo la encargada de esa misión, puesto que, además de en Ciencias Naturales, era doctor en Medicina.

»Volvimos a toda velocidad, preocupados por la enfermedad de Campson y descontentos de que los problemas graves empezasen a aparecer tan pronto. Nada más llegar al «Argos», me fui directamente a la cabina de Donald, percatándome que hubiese deseado la presencia de mi prometido en aquellos instantes en que su ciencia hubiera sido más útil que la mía.

»Donald estaba postrado en una especie de extraño letargo, a pesar de tener los ojos abiertos y la mirada movediza, como si desease comunicarnos algo. Sus reflejos eran normales y nada parecía afectar a su sistema nervioso, que encontré completamente normal.

»Me hallaba ante un problema de psicología o psiquiatría para lo que no estaba preparada. Hice, no obstante, todo lo que juzgué útil para el enfermo, pero no conseguí nada en limpio.

»Después, en la cámara general, mis compañeros y yo celebramos una reunión, llegando a la conclusión de que lo más lógico era regresar a la Tierra.

Todos estuvieron de acuerdo en ese punto y nos fuimos a dormir con la seguridad de que Winter se haría cargo de la astronave, para dirigirla hacia nuestro planeta de origen.

Hizo una pequeña pausa, y continuó:

»Recuerdo perfectamente que no pude dormir aquella noche y que, movida por la impaciencia y por la preocupación, me dirigí a la cabina del capitán, deseando saber si la inyección calmante que le había puesto le permitía un descanso que, de todos modos, no iba a sentarle más mal.

»Cuando penetró en su cabina, seguía en la misma posición que lo había dejado, aunque cuando me acerqué, con idea de tomarle el pulso, vi que estaba hablando; es decir, musitando algo que no llegué a oír hasta estar cerca de él.

»—¡Obedeceré!— decía—. ¡Obedeceré!

»Luego parecía como si escuchase una voz interior y volvía, al cabo de unos instantes, a repetir su promesa de obediencia.

»Segura de que era presa de un delirio, palpé su pulso, que encontré normal y rítmico. Entonces pensé, recordando lo que me había dicho Gary, que se trataba de un «delirio frío»; es decir, de un proceso de demenciación que debía iniciarse por entonces.

»Temblé de pavor.

»Yo conocía a Donald: y sentía una especial simpatía por aquel muchacho que siempre me pareció la imagen pura de la salud mental y física. Verle así, enloquecer de repente, me producía una sensación de indecible desconsuelo.

»No sabía qué hacer.

»Mis conocimientos psiquiátricos eran tan elementales como incompletos y no me atrevía más que a desear que Winter hiciese regresar al «Argos» a la Tierra. Cuanto antes mejor.

»Volví a mi cabina, sin lograr por eso cerrar los ojos. Las horas pasaban con una lentitud desesperante y creo que terminé por dar unas cuantas cabezadas, que siempre terminaban con un sobresalto que volvía a despabilarme.

»Hasta que me desperté, incorporándome.

»Era aún temprano y todos mis compañeros, excepto los tripulantes que estaban de guardia en el piso inferior de la astronave, seguían durmiendo, o intentándolo al menos.

»EI «Argos» estaba sumido en un silencio completo y la tranquilidad que me rodeaba me inundó. Hasta que, poco después, al subir por la escalera que conducía a la cabina del capitán, presentí una especie de impreciso e irracional peligro que me hizo temblar de pies a cabeza.

»Era como una sensación de malestar que me penetrase insidiosamente, despertando en el interior de mi mente un mensaje de peligro, la idea vaga de una amenaza inconcreta.

«Dominándome y diciéndome que la noche sin sueño debía haber alterado mi sistema nervioso, seguí mi camino, dirigiéndome a la cabina de Campson. Ya saben ustedes que el pasillo hace allí un recodo obligado, ya que las toberas auxiliares se hunden en la supraestructura lo bastante profundamente para cortar parte de la sección del segundo piso.

»Y fue al girar aquella especie de esquina convexa cuando me lo tropecé, de cara, gritando asustada, como si no diese crédito a mis ojos.

»—¡Donald!

»Me miró sonriente.

»—¡Hola, Barbara!—dijo—. ¿Dónde vas?

»—Iba a verte.

»—¿Sí? —Y después de una corta pausa —: ¿Qué quieres?

»Su voz y sus ademanes, así como su aspecto, eran completamente normales. Él debió de leer en mi rostro el asombro y la Intranquilidad—y hasta quizás un poco de miedo. Porque preguntó:

»¿Te ocurre algo, pequeña?

»Me decidí a decirle la verdad.

»—¿Es que no sabes que has estado enfermo, Donald?

»La sonrisa se acentuó en su rostro.

»—¿Yo?—. Preguntó, con un tono burlón que yo le conocía muy bien—. ¿Enfermo de qué?

»Le explique lo ocurrido. El me miraba inquieto, como si fuese el estado de mi salud el que le preocupase, pero al decirle que todos lo sabían, su incredulidad fue cediendo hasta que, cogiéndome del brazo, me llevó al comedor, donde los otros iban llegando.

»Preguntó, uno a uno, recibiendo la misma respuesta afirmativa. Tuvo, pues, que dar crédito a lo que yo le había dicho.

»—No recuerdo absolutamente nada —comentó—; pero, de todos modos, ahora me encuentro perfectamente y con grandes proyectos en la cabeza.

»Le miramos, pendientes de sus palabras. Él se dio cuenta de que todos deseábamos que continuara.

—He estado pensando —prosiguió —que nuestra expedición, y en esto estoy seguro de que estaréis todos de acuerdo, ha sido… digamos un pequeño fiasco. Esperábamos muchas cosas de Marte y he aquí que no hemos encontrado absolutamente nada. Eso hace que tengamos que pensar en algo que merezca la pena haber llegado hasta aquí. Nos vamos a dirigir a la órbita de Júpiter.

»E1 asombro se pintó en nuestros rostros y él debió de notarlo, porque sonrió.

»—He calculado la marcha de las pilas atómicas y los reactores pueden hacer los millones de millas que nos faltan, sin ninguna dificultad. ¿Verdad,

Alan?

»—Creo que, por esa parte, no hay problema.

»—¡Magnífico!

»Intervino Fear:

»—Escucha, Dónald. Todo eso es estupendo, pero, como cosmógrafo, me opongo rotundamente a ello.

»Sus ojos lanzaban chispas cuando inquirió con voz colérica:

»—¿Por qué?

»—Porque no estamos preparados para una exploración de esa envergadura. ¿Has olvidado la fuerza de atracción de Júpiter? ¿No recuerdas la posibilidad, si llegásemos a salvar la atracción monstruosa, de un océano rugiente y de una atmósfera de metano, probablemente?

»Le fulminó con la mirada.

»—¿Y quién te ha dicho, estúpido, que vamos a Júpiter?

»Nos quedamos helados.

»Aquélla era la primera vez que uno de nosotros trataba groseramente a su compañero. Y, desde luego, Donald hubiese sido el último de quien yo habría esperado tan desastrosa conducta.

»Harry no despegó los labios.

»—No vamos a Júpiter… ¿O me habéis tomado por un hombre tan ignorante como para no saber que carecemos de los medios necesarios para un viaje de ese tipo?

»Nos miró, con aire desafiante, de hito en hito, uno por uno.

»—Vamos a Calisto.

»—¿A Calisto?—pregunté, extrañada—, ¿Al satélite de Júpiter?

»Sonrió, al mirarme.

»—Eso es, pequeña. Estoy completamente seguro de que encontraremos allí algo que justifique lo que ha costado nuestra expedición y las esperanzas que los Estados Unidos y el mundo han puesto en nosotros.

»—¿Cómo puedes estar seguro de encontrar algo interesante en Calisto?—se atrevió aún a preguntar Fear.

»La respuesta fue tan corta como sorprendente.

»—Porque lo sé.

»Y poniéndose en pie llamó:

»— ¡Winter!

»—Dime, Donald.

»Su rostro se oscureció.

»—Preferiría que no me tutease, a partir de este instante. Se me debe llamar señor.

»—Sí, señor.

»—Prepare las coordenadas de despegue y la velocidad de escape. ¿Entendido?

»—Sí, señor.

»—Salida…— consultó su reloj—para dentro de once minutos.

»Se dirigió hacia la escalera por la que desapareció, yendo hacia su cabina.

»No supimos qué decir.

»Winter se fue hacia la sala de controles y Fear se acercó, a mí.

»—¿Le contaste lo que habíamos encontrado en Marte?

»—No.

»—Entonces… ¿cómo lo sabía sí estaba enfermo cuando volvimos?

»Un escalofrío me recorrió la espalda. Sin saber exactamente por qué; recordé entonces aquellas palabras que Donald decía en «su delirio»:

»—¡Obedeceré…! ¡Obedeceré…!

CAPÍTULO VIII



O que oía Gary le parecía imposible. Sólo escuchar la voz de Barbara le había producido un efecto profundo, como si algo nuevo hubiese nacido en él, ya que antes de llegar a la casa de Cunnigan había perdido totalmente la esperanza de oír una vez más a su prometida. Y ahora estaba oyendo de su boca una historia espantosa.

Pero, ahora…

No era sólo su voz, sino el relato que le tenía preso en redes invisibles. En medio de aquel silencio y con la escena que tenía ante sus ojos, le bastaba entornar los suyos para verse a bordo del «Argos», junto a los personajes de la fantástica aventura que salía de los labios de la muchacha.

Ésta se había detenido unos instantes y el silencio se hizo tan denso que pareció, por un momento, cobrar naturaleza de materia.

La voz de Barbara se dejó oír de nuevo.

—Siguiendo las instrucciones de Donald, Alan nos lanzó nuevamente al espacio, alejándonos de la órbita de Marte, rumbo a algo que se nos aparecía como el tenebroso fin de todo.

»Ignorábamos entonces que Campson, en la cabina del tele-radio, había hablado con la Tierra, comunicando nuestros proyectos, que eran realmente suyos y haciendo aparecer la partida como un acto de asentimiento colectivo: como un deseo de los componentes de la tripulación.

»Durante semanas— ¿quién puede acordarse ahora de la duración de aquel fatídico viaje?— navegamos por el espacio, viendo a Júpiter ocupar un mayor espacio, cada día, en el fondo estrellado, donde los otros grandes planetas: Urano, Saturno y Neptuno no eran más que luces apenas visibles. La grandeza de Júpiter lo borraba todo, pareciendo atraernos hacia un choque que, necesariamente, había de sernos fatal.

»Donald apenas si aparecía en los lugares donde los demás, nosotros, comentábamos amargamente nuestro destino, plenamente convencidos de que estábamos en las manos de un demente.

»Uno de los días, en que el terror que experimentábamos era mayor y casi intolerable, Alan nos convocó a todos, en su cabina particular. Hacía ya días que, por orden del capitán, se había conectado el piloto automático y por eso podía permanecer la mayor parte del tiempo fuera de la sala de mandos.

»—Estoy seguro— dijo, con una expresión seria en el rostro—, que todos

vosotros pensáis como yo. Porque no hay duda de que Donald ha perdido la razón, ya que ignora que ha estado enfermo y nos conduce, sin nuestro consentimiento, a una verdadera catástrofe.

»—¡Eso es verdad!—subrayó Dey, el tele radio.

»Todos estábamos de acuerdo. Pero Fear, el más sensato, objetó:

»—No creo que podarnos hacer nada, Alan.

»—Él es el capitán y tiene todos los resortes del mando en su mano.

»—¡No importa! Yo conozco las leyes de Astronáutica y hay un artículo, el 202, que prevé éstas situaciones.

»—¿Qué dice ese artículo? —pregunté, curiosa.

»—Que, en caso de que el capitán se vea afectado por una grave dolencia que lo incapacite mental o moralmente para el mando, debe ser substituido y confinado hasta que las autoridades y especialistas competentes dictaminen sobre su estado.

»—Alan tiene razón —apoyó Dey —. Debemos hacer algo.

»—¿Amotinarnos?— inquirió Harry.

»—Sí.

»—Es peligroso.

»—Más lo es el dejarnos arrastrar a esta loca aventura. ¿Qué sabe él de Calisto? ¿Qué sabemos nosotros? Poco he estudiado sobre las cercanías de Júpiter, pero todo lo que me enseñaron hablaba de los tremendos peligros que, en un lejano futuro, habría para los astronautas que se acercasen a ese planeta.

»Intervine.

»—Creo—dije, volviéndome hacia Fear, que estaba a mi lado —que no podemos dejar de hacer algo, amigo mío. Comprendo perfectamente tus escrúpulos, pero no hay más remedio que actuar antes de que sea demasiado tarde.

»Harry se encogió de hombros.

»—No vayáis a creer —repuso—que no estoy incondicionalmente a vuestro lado. Pero me doy cuenta, por ambas partes, de la gravedad del caso.

»—¿Qué quieres decir?

»—Que un motín en el espacio es muy grave y puede llevarnos a desagradables y fatales consecuencias para todos.

»—¿Por qué?

»Fear no contestó de momento; pero, después de una pausa, preguntó:

»—¿Y si no estuviese loco?

»Alan sonrió.

»—¡Parece mentira que digas eso! ¿No te has dado cuenta de que ha cambiado de manera de ser? Además —bajó sensiblemente la voz—. Donald sería incapaz de llevar la nave sin mí. Y conste que no digo esto por petulancia… Es un excelente astro-navegante, pero carece de experiencia en

el manejo de un aparato corno el «Argos». Si yo me opusiera rotundamente, tendría que regresar por la fuerza.

»—Pero no podemos hacer que todo el peso caiga sobre tus espaldas.— dije —. ¡Hemos de ser todos los que hagamos frente a esta desagradable situación!

»Y los miré, como buscando el asentimiento mudo en sus miradas.

»—Yo estoy con vosotros —dijo Fred.

»Y después de un silencio Fear afirmó:

»—Contad conmigo.

»—Entonces no tenemos más que pasar a la acción —concluyó Alan —. Salgamos de aquí y busquémosle. Le reduciremos fácilmente y cambiaremos el rumbo de la astronave. Hay que regresar a la Tierra y hacer que lo examine un psiquíatra.

»—¿Dónde está ahora? inquirió Fred.

»Fue en aquel momento cuando la voz de Donald sonó en la puerta, que nadie había visto abrirse.

»—Estoy aquí… amigos. No hace falta que me busquéis en parte alguna.

»Nos volvimos, aterrados.

»Donald estaba allí, con una pistola en la mano. Detrás de él, visibles en el pasillo, los tripulantes, armados igualmente, le protegían.

»—¿Me creíais tonto, eh? —habló, con una maligna sonrisa en los labios —, ¡Qué estúpidos sois! Hasta os permitís el lujo de amotinaros, a mi espalda, traicionando una amistad que, hasta ahora, había creído leal.

»Nadie dijo nada porque ninguno de nosotros era capaz de pronunciar una sola palabra.

»—Voy a confinaros en vuestras respectivas cabinas, ante cuya puerta colocaré a un hombre armado. No saldréis, para nada, hasta que hayamos llegado a Calisto.

»—¡No puedes hacer eso!—exclamé, sin poder contenerme.

»Me miró larga y profundamente.

Lo siento…— dijo, en voz baja —pero debo hacerlo. Tú, excepcionalmente, podrás salir a dar un paseo por el «Argos», acompañada por tu guardián.

»—Si estás dispuesto a seguir cometiendo barbaridades— repuse, con una energía colérica—, quiero sufrir el mismo trato que mis compañeros.

»—Como tú quieras…

»Y volviéndose ordenó:

»—Entrad, muchachos y haceos cargo de ellos. Ya sabéis que sois responsables directos de que mis órdenes se cumplan. Tú, Alan, ven conmigo.

»Me encerraron, como a los otros.

»Durante no sé cuánto tiempo, permanecí en mi cabina, desesperándome a

ratos y logrando dominarme otros. Todo aquello me parecía la más extravagante pesadilla que hubiese sufrido jamás y muchas noches, al acostarme, lo hacía con la esperanza de que, al despertar, volvería a hallarme en un ambiente normal, con el solo recuerdo de algo desagradable que no había pasado de ser un mal sueño.

»Una mañana, y hablo del tiempo relativo en el interior de una astronave donde el día y la noche no existe más que en los relojes de a bordo, se abrió la puerta y yo, que esperaba al guardián con el desayuno, me asombré al ver a Alan, sonriéndome.

»De momento, mientras estrechaba calurosamente su mano, creí que todo se había terminado y que habían logrado reducir a aquel loco furioso en que se había convertido Donald.

»—¿Lo habéis logrado? —pregunté.

»Me miró, sin dejar de sonreír, con una expresión de sincero asombro en el rostro.

»—¿Qué quieres decir?

»Ahora fui yo la asombrada.

»—¿Es que no sabes lo que quiero decir?

»—Francamente, no.

»Hice un notable esfuerzo para proseguir. Procuré serenarme y preguntar:

»—¿Habéis dominado a Donald? ¿Se ha cambiado el rumbo de la astronave?

»Su sonrisa se acentuó y cogiéndome de la mano me invitó:

»—Ven. Todos te esperan en el comedor. Ya verás.

»Salí con él, convencida de que me aguardaba la más agradable sorpresa de mi vida. Al no ver a los guardianes en el pasillo, ante las puertas de las cabinas de mis compañeros, mi dicha me hizo estremecer de gozo.

»¡Todo se había arreglado!

»Entré en el comedor y todos me sonrieron… incluso Donald que, como de costumbre, ocupaba la cabecera de la mesa.

»Me saludó diciéndome:

»—¡Hola, pequeña!

»Le miré, intentando descubrir en la expresión de su rostro algo que me demostrase que la normalidad había vuelto a él; pero no logré aclarar absolutamente nada.

»Después de sentarme, más inquieta que nunca, bebí un poco de café, mirando de soslayo a mis compañeros.

»Hasta que no pude más.

»—Volvemos a la Tierra, ¿verdad? —pregunté.

»Me miraron y Fear —¡Fear! —, que estaba a mi lado, puso su mano sobre la mía.

»—¿Te encuentras mejor, Barbara? —me preguntó, con voz dulzona.

»La cabeza empezó a darme vueltas.

»—¿Qué quieres decir?

»Fue el propio Donald quien, cortando la palabra al cosmógrafo, contestó mi pregunta.

»—Has estado un poco enferma, pequeña… De verdad que nos has preocupado. Por fortuna, parece que vas mejor.

»—Pero… ¡era increíble!—¿no eras tú el enfermo?

»—¿Yo?

¿Intervino Fear.

»—Recuerda, Donald —dijo, con una amabilidad que me pareció tan hipócrita como empalagosa—, que cuando escuchamos lo que Barbara decía en su delirio febril, hablaba de tu enfermedad, entre otras cosas.

»Hubiese preferido que me tragase la tierra..

»—¿Hacia dónde vamos? —pregunté, deseando esclarecer, al menos, un punto de vital importancia para mi razonamiento.

»—A Calisto.

»Me levanté, triunfante.

»—¡Esa es la prueba de que no he estado enferma y de que ahora queréis hacérmelo creer! ¡Pero no vais a engañarme más! Donald estaba enfermo y nosotros intentamos reducirle por la fuerza, para evitar que nos llevase a Calisto…

»Miré a mis compañeros:

» —¿Qué es ha ocurrido? ¿Qué ha pasado? ¡Alan, Fred, Harry! ¡Por el amor de Dios! ¿Es que habéis enloquecido también vosotros?

»Las miradas de conmiseración que me dirigieron eran mucho más elocuentes que lo que dijeron después.

»—Cálmate, pequeña —dijo Fear.

»—No lo tome así —murmuró Fred.

»—Debes tranquilizarte —apuntó Winter.

»Y como colofón y resumen, Donald-dijo:

»—Todavía estás un poco afectada por tu delirio, querida. Te pusiste repentinamente enferma cuando nos reunimos, justamente, deseando dar a esta expedición una importancia que lo que hicimos en Marte no tenía. Por eso decidimos, de completo acuerdo, ir a Calisto.

»Tuve que guardar silencio, sin comprender nada de lo que allí ocurría. Desde luego, lo que pasaba era grave, muy grave, pero me hallaba sin fuerzas para combatir un destino que me parecía invencible.

»—Puede que tengáis razón —suspiré viendo que todo lo tenía perdido.

»A partir de aquel momento, observé a todos mis amigos, charlando con ellos como si nada. No pude descubrir detalle alguno que me demostrase una

demencia, ni siquiera parcial.

»Obraban normalmente, llenos de atenciones para mí, a quien consideraban recién salida de una enfermedad que, por lo que me dijeron, había sido grave.

»Empecé a dudar en mi misma.

»Hasta que me di cuenta de que «aquello» era precisamente lo que ellos querían, que dudase, que olvidase todo lo ocurrido y que me pusiera de su parte.

»Tuve que luchar contra las vacilaciones de mi propia mente, agarrándome desesperadamente a mis recuerdos, dispuesta a no dejarme llevar por las palabras de aquellos hombres que, sin saber exactamente por qué; ya no consideraba como amigos míos.

»¡Y eran extraños!

»Quizá la base de mi autodefensa surgió al comprobar el automatismo de los otros tripulantes, que más que hombres parecían robots. Aquello me hizo pensar muchísimo, sin que encontrase respuesta a los cientos de preguntas que me planteaba; pero, de todos modos, conseguí mantenerme incólume, incorruptible, fuera del misterioso maleficio que parecía navegar a nuestro lado, en el interior del «Argos» que, de repente, se había convertido en una astronave maldita.

»Ni me di cuenta, después, de que estábamos ya en la órbita de Júpiter.

»En realidad, sólo me preocupaba de seguir las incidencias en el interior del astrocohete y no había echado ni una sola ojeada al espacio exterior. Así, sin percatarme, oí un día los gritos de alegría de mis compañeros, que anunciaban que acabábamos de posarnos en Calisto.

»Entonces…

CAPITULO IX


E produjo un largo silencio y después, de lo hondo de la habitación, surgió la alta silueta de Cunnigan.

Su rostro asombró a los dos psicólogos.

Parecía tremendamente cansado y su frente estaba perlada de sudor. Echó una mirada a su esposa, que le sonrió, acercándose después a los dos hombres.

—No he podido resistir más —dijo, con voz neutra.

—¿Qué quiere usted decir?— inquirió Gary.

—Que han terminado venciéndome… por el momento— repuso él.

—Entonces… Barbara…

—Déjela descansar. Todos lo necesitamos.

Steemor le miró fijamente; luego, dejándose arrastrar por la sinceridad de su alma, le tendió la mano, que el otro estrechó con fuerza.

—Perdone, señor Cunnigan… ¡he sido un estúpido!

»Sonrió Jack.

—No tengo nada que perdonar. Comprendo perfectamente su autodefensa ante mí.

—Pero…

—No hablemos más de eso. Lo que interesa ahora es seguir luchando.

Gary la miró, con interés.

—¿Cómo lo consigue?

—¿El qué?

—Dominar… a esos…

—Formo una barrera mental, cortando la marcha de sus propios impulsos telepáticos. Entonces, con un esfuerzo horrible, distraigo y desvío sus órdenes, obligándoles a entablar conmigo una conversación que impide que sigan actuando sobre la señorita.

—¿Una conversación?

—Es algo así. Ellos intentan doblegar mi voluntad, hacerme desistir de mis propósitos… y la lucha sigue.

—¡Es espantoso!

—Puede serlo.

Se pasó la mano por los endrinos cabellos.

—Ahora, si no les molesta, quisiera descansar. Mi esposa también lo necesita y la señorita Cussing debe quedarse aquí reposando.

—Nos vamos. ¿Cuándo podemos volver?

—Esta noche.

—Bien.

Y cuando los dos amigos estuvieron en el coche, ya rumbo al Instituto, Leit inquirió:

—¿Qué te ha parecido, Gary?

Asombroso. Me alegro mucho de haber terminado por hacerte caso, John. Hoy he visto claramente lo poco que sabemos de psicología.

—Tiene un poder formidable.

Y después de una pausa dijo:

—Gary.

—¿Qué piensas de todo lo que ha dicho Barbara?

Steemor frunció el entrecejo.

—¿Quieres que te diga la verdad?

—¡Parece increíble! Cuantas veces, en la clínica, hemos escuchado, de los labios de un enfermo, relatos mucho más verosímiles.

—¿Es que no crees que dice la verdad?

—Sí que lo creo, aunque, francamente, la cabeza me da vueltas.

—Algo ocurrió en el «Argos», amigo mío, que no vamos a tardar, en descubrir. Es evidente que los compañeros de tu novia sufrieron un tipo raro de alucinación colectiva.

—No sé si se trataba solamente de una alucinación.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde que he oído a Cunnigan, estoy cerca de creer que esos desdichados sufrieron una presión telepática.

—Lo que no me explico es cómo lograron recuperarse.

—Tampoco estoy de acuerdo. Todos ellos, al llegar, parecían normales; pero ¿lo son? Precisamente, en este momento, quiero comunicarme con las autoridades para que investiguen cada caso… ¡Hay que recluir a esos hombres hasta que se demuestra, sin lugar a dudas, su completa normalidad!

—Creo que tienes razón.

—Hemos obrado en la más profunda ignorancia; pero ahora, que ya empezarnos a poseer datos importantes, tenemos que obrar a toda velocidad.

Y como si desease pasar a la acción, aceleró al máximo, entrando en la ciudad vertiginosamente.

Fue al acercarse al Instituto cuando se extrañaron de ver unos cuantos coches policiales detenidos en la puerta.

—¿Qué ocurrirá? —inquirió John.

—Ahora lo veremos.

Apenas habían detenido el vehículo cuando un hombre, encuadrado por un grupo de policías armados, se acercaron al coche.

—¿Profesor Steemor?

—Sí, soy yo.

—¡Gracias a Dios! Le hemos estado buscando por todas partes.

—Pero ¿qué ocurre?

—Soy el superintendente Moore, señor. ¿Dónde está la señorita Barbara Cussing?

—En un sitio seguro.

—¿Cómo? ¿No está aquí?

—No, está en tratamiento.

—¿Y no ha cometido ningún acto delictivo?

—¿Qué quiere usted decir?

El superintendente se esponjó la frente, por la que el sudor bajaba a chorros.

—¡Es inaudito, profesor! Todos los miembros del «Argos» se han convertido en asesinos…

—¿Eh?

—Como lo oye. Después de la muerte de Winter y de la señora Campson, que al principio no relacionamos con sus familiares, Clara Dey, la esposa del tele radio; Lydia Fear, la hermana del cosmógrafo y una amiga de ésta que estaba en la casa, han sido asesinadas por sus respecticos familiares. Estamos buscándolos por todas partes, señor.

—¡Es horrible!

—No lo sabe usted muy bien. Por eso, siguiendo nuestro plan, hemos venido a detener a la señorita Cussing, seguros de que hubiese sido un gran triunfo apoderarnos de ella antes de que cometiese un delito semejante al de los otros. ¡Temíamos por su vida, profesor!

Gary logró esbozar una sonrisa.

—El caso de Barbara es distinto —dijo—; pero ¿no han logrado detener a ninguno?

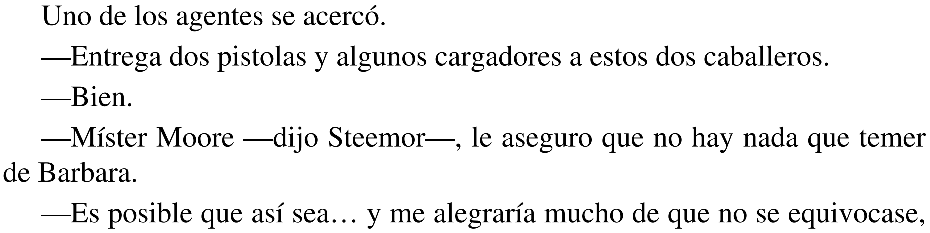
—No. Hay docenas de patrullas que recorren la ciudad; pero, hasta ahora, no hemos conseguido ningún resultado positivo.

Gary explicó, someramente, lo que se estaba haciendo con su prometida, aclarando su especial situación respecto a los otros.

—Comprendo —dijo el policía—, pero de todos modos deben ustedes tener muchísimo cuidado. ¿Van armados?

—No.

—¡Joe!



Uno de los agentes se acercó.

—Entrega dos pistolas y algunos cargadores a estos dos caballeros.

—Bien.

—Míster Moore —dijo Steemor—, le aseguro que no hay nada que temer de Barbara.

—Es posible que así sea… y me alegraría mucho de que no se equivocase, profesor; pero, de todas maneras, le ruego que tenga mucho cuidado. He visto a las víctimas de todos esos crímenes y puedo asegurarle que, a pesar de mi hábito, no he podido evitar un estremecimiento de horror, ¡Es monstruoso!

—Muchas gracias, de todos modos.

—Nosotros vamos a seguir buscando a esos hombres. No es nuestro propósito matarlos, sino capturarlos para entregarlos a las autoridades médicas competentes. Ésa es la orden que se nos ha dado y que vamos a cumplir a toda costa.

—Así es, míster Moore: esos desdichados están afectados mentalmente por poderosas influencias extrañas. No son responsables de lo que hacen.

—Así nos lo han explicado.

Se despidieron de los policías y los dos amigos, inquietos, llegaron al convencimiento que lo mejor era regresar a la casa de Jack para explicarle lo que ocurría y vigilar de cerca a Barbara.

Porque, a pesar de todo, podían ocurrir cosas extrañas.

* * *

Cunnigan escuchó atentamente el relato que Gary le hizo.

—Todavía no sabemos —dijo, cuando el joven psicólogo terminó —qué es lo que ocurre con esos hombres.

—¿Tiene usted alguna idea particular?

—No. Poseemos demasiados pocos datos para explicarnos lo que ocurre. De todas las maneras, esta noche, cuando reanudemos la sesión, saldremos de dudas, de una vez para siempre.

—¡Ya tengo ganas!—suspiró John.

Hubo un corto silencio; después Jack dijo:

—Son muy poderosos… mentalmente. Lo que están haciendo con la señorita Cussing lo demuestra. Ya que aunque son unos cuantos los que operan desde la lejanía de Calisto, obrar a esa fantástica distancia es algo que yo no creía posible.

»Además —agregó, después de una pausa—, he de confesar que ésta es la primera vez que tengo miedo…

—¿Miedo?

—Sí, míster Steemor. Yo he hecho miles de experiencias telepáticas, y algunas de ellas en condiciones de lucha contra mentes tan fuertes o más que la mía; pero jamás experimenté una debilidad tal como cuando permitía que

Yandra, mi esposa, conversase con su prometida.

—¿No puede ayudarle ella?

—Ya lo hace. No vaya a creer que se limita a escuchar lo que la señorita Cussing va diciendo; pero, aun los dos juntos, nos vemos y nos deseamos para contrarrestar la potente acción de esos seres de Calisto.

»Eso me hace pensar que deben ser criaturas especiales, vertidas casi totalmente en los asuntos mentales, poco civilizados, si es que es posible hablar así, pero pensadores formidables.

—¿Querrán invadirnos?

—No creo que les interese… Debe de haber algo, más profundo, que les ha hecho aprovecharse del viaje del «Argos».

—¿Cree usted, entonces, que sin la astronave no hubiese salido de la Tierra no se habría producido nada de esto?

—Eso creo. Los habitantes de Calisto debieron de tener idea de la existencia de otros seres inteligentes cuando el «Argos» llegó a Marte. La enfermedad del capitán lo explica.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Donald fue su primera víctima. Supieron elegir perfectamente. Sabían que era el capitán y, por lo mismo, el único que podía obligar a los demás a la obediencia.

—¿Y los otros?

—Se los fueron ganando poco a poco. Era necesario, para ellos, controlar la astronave y por eso, obedeciéndoles, Donald empezó por captar la voluntad del hombre que le era más necesario: el piloto. Sin él no hubiesen podido salirse con la suya como lo han hecho hasta ahora.

—Entonces, sólo queda por explicar lo ocurrido con Barbara.

Jack asintió.

—Ese es el nudo gordiano de la cuestión, amigo mío. Y, al mismo tiempo, el misterio que hemos de resolver.

—Porque el tratamiento que hicieron con ella ha sido completamente distinto a los de los demás.

—Sí, así es.

Sonrió.

—Voy a descansar un poco más. Ustedes pueden, si quieren, hacer lo mismo. Están en su casa.

—Muchas gracias.

Pero no fueron a descansar, sino que se trasladaron a la habitación donde estaba Barbara que, como siempre, seguía bajo el influjo de los hipnóticos que le habían procurado.

Hacia la mitad de la tarde, Gary y John le dieron algunos alimentos ligeros por sonda, sobre todo té muy azucarado.

Así llegó la noche.

*   *   *

«Al asomarse al ojo de buey, mientras mis compañeros gritaban de alegría —prosiguió diciendo Barbara, una vez reanudada la sesión—, pude contemplar, no sin espanto, la superficie de aquel satélite donde Donald nos había obligado a ir…»

»No he visto jamás paisaje tan desolado y triste, tan profundamente inhumano e inhóspito.

«Grandes masas de piedra oscura, de evidente naturaleza ferrosa, formaban la monstruosidad de una orografía salvaje, desértica, sin que una planta, un árbol o un animal rompiesen con su nota de vida la espantosa e indecible monotonía de aquel paisaje.

»Yo no podía suponer los motivos que habían empujado al capitán a llevarnos allí. Pero, fuesen los que fuesen, me hacían presentir una tragedia que, desde el primer momento, había intuido como algo fatalmente posible e inevitable.

»No descendimos en seguida, sino que comimos en el comedor, reunidos allí como si nada ocurriese y todo fuese como antes. Mis compañeros sonreían y hablaban de las maravillas que pensaban encontrar en aquel mundo.

»Yo les escuchaba en silencio.

»Fue después de comer cuando, tras realizar unos análisis del ambiente, Donald dio la orden de que nos preparásemos todos, sin escafandras, ya que el porcentaje de oxígeno garantizaba la posibilidad de salir sin protección alguna.

»Por otra parte, la gravedad, un poco más grande que la de la Luna, no ofrecía grandes dificultades para nosotros, ya que todos habíamos sido adiestrados, antas de que el «Argos» saliese de la Tierra, en los campos de experimentación astronáutica de nuestro satélite terráqueo.

»Yo no tenía fuerzas suficientes para poder oponerme a las órdenes del capitán y salí, asombrándome de que la totalidad de la tripulación viniese con nosotros.

»Ninguno de mis compañeros hizo pregunta alguna, lo que demostraba su completa identidad con los puntos de vista de Donald.

»Fuera del Argos», la aridez excepcional de Calisto pareció, a mis ojos, mucho más horrible, más desoladora que nunca.

»Con Donald a la cabeza, que parecía conocer perfectamente el camino, nos alejamos del astrocohete. Una hora después, llegamos a una especie de muro, perforado por innumerables agujeros que eran las entradas de otras tantas cuevas.

»¡Entonces los vi!

»¿Cómo describirlos?

»Aun ahora, cuándo puedo pensar en ellos, liberada de ese maleficio que

me rodea todavía, me estremezco al revivir aquellos instantes, cuando ellos se acercaron a nosotros.

»Eran altos y casi todos nos superaban en estatura. En cuanto a su aspecto…

»A partir de la cintura, la parte superior de su cuerpo, casi totalmente cubierto de un vello lanudo de color rojo escarlata, demostraba una monstruosidad de constitución verdaderamente espantosa. El tórax se prolongaba, hacia arriba, sin cuello, en una cabeza que me recordó la de un mochuelo, con sus enormes y saltones ojos verdes.

»Un asomo de nariz, de una sola ventana, formaba una especie de arco sobre la boca, circular, constituida por una serie de labios, cuyo dibujo recordaba el de una rueda.

»No comprendí, hasta más tarde, el servicio que les hacía aquella boca. Pero cuando oí a algunos de ellos que, inclinados sobre las rocas, devoraban glotonamente el hierro que las constituía, ya que era mineral ferroso, dejando caer limaduras de sus fauces, me di cuenta de que tenía que catalogar aquellos horribles seres en una categoría nueva y para mí desconocida hasta entonces:

»Los «ferrófagos».

»No hubo ninguna frase entre nuestros hombres y ellos. Dotados de extraordinarios poderes mentales, nos investigaron hondamente y yo sentí «sus mentes» penetrar en la mía, con un escalofrío de asco.

»Los tripulantes permanecían separados de nosotros y yo estaba extrañadísima al ver que no manifestaban horror alguno. En cuanto a mis compañeros, sonreían estúpidamente, como si se encontrasen en compañía de unos antiguos conocidos.

»Yo tenía la clara intuición de que todo lo que había ocurrido hasta aquel momento no era más que el prólogo de lo que iba a desarrollarse ante mis ojos.

»Cansados de inmiscuirse en mi cerebro, debieron abandonarle porque experimenté una claridad mental que sus manejos telepáticos enturbiaban.

»¿Qué iban a hacer con nosotros?

»Pronto lo sabría.

»Ninguno de mis compañeros me hacía el mínimo caso y todos estaban pendientes de los movimientos de aquellos seres monstruosos, que ahora rodeaban exclusivamente a los miembros de la tripulación.

»Y entonces empezó lo horroroso.

CAPÍTULO X



O no me di cuenta hasta que empezaron su horrible trabajo.

»Y lo más espantoso de todo fue la pasividad de aquellos pobres muchachos que, ahora lo comprendo, estaban bajo el influjo de una poderosísima acción hipnótica.

»Los seres de Calisto llevaban en el pecho unos extraños aparatos cuya significación me había preocupado desde que los vi. Pronto comprendí su objeto, ya que uno de ellos se adelantó, aplicando el disco brillante sobre uno de los tripulantes.

»¿Cómo podré describir una cosa tan espantosa?

»E1 cuerpo de aquel desgraciado empezó a licuarse y la carne se convirtió en una masa sanguinolenta que poco después no era más que un montón de materia al lado del monstruo.

»Hicieron igual con los otros.

»Después, uno de ellos se acercó a nuestro grupo cogiendo a Donald por el brazo. Lo colocó junto a uno de los horribles montones y después de mirarlo detenidamente con sus grandes ojos globulares, que despedían intensos reflejos verdosos, hundió sus asquerosas pezuñas en la masa humana… ¡Y empezó a construir algo que fue tomando forma humana!

»¡Estaba esculpiendo, modelando el cuerpo de Donald!

»Sus pezuñas se movían con una precisión, tremenda, y yo, atónita, aterrada y sobrecogida, vi salir de aquella masa de carne algo que, al principio, me pareció una estatua, hasta que, con horror, contemplé a dos capitanes idénticamente iguales, uno al lado de otro.

»No lo había visto todo.

A una orden mental de aquel fatídico escultor, uno de sus congéneres se acercó y entonces, el que había construido fielmente la imagen de Donald, la abrió, de un tajo, por la mitad, haciéndome ver que era hueca.

»Entonces hizo que el que había llamado entrase dentro y cerró cuidadosamente los bordes.

»Yo no sé cómo redujo el monstruo su tamaño, para caber cumplidamente en el interior del doble de Donald; pero lo cierto es que, temblando de horror, vi que aquella figura se animaba y que avanzaba hacia mí.

»Retrocedí espantada, pero él me alcanzó en seguida.

—No temas, Barbara… Soy Donald.

»¡Era la voz del capitán!

»No había la menor diferencia entre aquel ser y el Donald que había quedado junto a las criaturas de Calisto.

»La operación se repitió con los otros y los dobles de Winter, Fred y Harry no tardaron en dirigirme la palabra.

»¡Eran idénticos!

»Entonces se acercó nuevamente el falso Donald:

»—Hubiésemos querido hacer lo mismo contigo, Bárbara; pero no hemos podido.

»No pregunté por qué.

»Tenía un nudo en la garganta que me prohibía decir nada.

»—Nuestra calidad de hermafroditas no nos permite sintetizar una hembra como tú. Hubiésemos podido matarte, pero tampoco nos conviene, ya que deseamos que el regreso a la Tierra se haga de la forma más normal posible.

»La voz salió de mi garganta:

»—¿Qué queréis de la Tierra?

«—Sumisión. Calisto es el único mundo donde el hierro se presenta en forma asimilable para nosotros. ¿Quién os mandó salir al espacio? Hemos de impedir, sea como sea, que lleguéis aquí.

»—¡Os aplastaremos! Diré, en la Tierra, todo lo que he visto.

»Sonrió.

»—No hablarás nunca más, Barbara.

»Y en aquel preciso instante una especie de velo cayó sobre mi cerebro, precipitándolo en las honduras de una amnesia de la que jamás soñaba salir…»

* * *

El silencio que siguió fue cortado por la exclamación que brotó de los labios de Gary al ver que Barbara se incorporaba, miraba en derredor suyo y viéndole, sus ojos se llenaban de lágrimas:

—¡Gary! ¡Amor mío!

Se abrazaron.

Fue entonces cuando el grito de espanto que salió de los labios de Yandra hizo que los tres jóvenes se volviesen hacia ella.

Jack, con un cuchillo en la mano y un brillo asesino en la mirada, avanzaba hacia el centro de la estancia.

—¡Voy a mataros!

Siguió avanzando.

—Ninguno de vosotros comunicará al mundo lo que Barbara ha dicho… ¡Ellos tienen que triunfar!

Yandra retrocedió unos pasos.

—¡Se han apoderado de su mente! —gritó.

—Mis amigos rodean la casa en estos momentos—dijo Cunnigan, sin dejar de avanzar—. Dentro de poco entrarán aquí y acabarán con todos vosotros, perros traidores.

Colocando a Barbara detrás de él, Gary sacó la pistola, siendo imitado por Leit.

—¡No!—gritó Yandra—, ¡No le hagáis daño! ¡No es él quien quiere matarnos, sino ellos que le mandan!

Y, perdiendo toda prudencia, fue hacia su esposo.

—¡Jack, amor mío, soy yo!

El cuchillo se clavó en el pecho de la mujer.

Loco de rabia, Gary, seguido por su amigo, se precipitó, lanzándose contra Cunnigan y logrando sujetarle y desarmarle en una corta pero feroz lucha.

Joan propinó, con la culata de su arma, un fuerte golpe en la cabeza de Jack, haciéndole perder el sentido.

—¡Uf! —exclamó.

Pero Gary no la escuchaba y se había arrodillado junto a la india, examinando la herida.

—¡No es mortal —dijo—, pero sí grave. Ocúpate de ella ahora mismo.

—¿Y tú?

—Yo no sé si Jack dijo la verdad, pero voy a ver si alguien rodea la casa; aunque no ere…

El ruido de un cristal al romperse cortó en seco su frase.

—¡Es verdad! ¡Intenta cazarnos!

Y dirigiéndose a Barbara:

—¡Ocúpate de Yandra, querida!

Se dirigieron hacía la puerta.

El pasillo estaba desierto, pero no tardaron en presentir la presencia de un peligro.

Y fue entonces cuando John, sonriendo, amenazó:

—¿Sabes que me están ordenando que te mate, Gary?

Steemor se volvió, como si le hubiese picado una víbora.

Y al ver la expresión que iba tomando el rostro de su amigo y el extraño brillo que aparecía en sus ojos, descargó un golpe sobre la cabeza de Leit, haciendo que se desplomase a sus pies.

—¡Perdona! —exclamó.

Avanzando por el pasillo, llegó a la escalera a tiempo de ver a dos de ellos en la parte inferior de la casa.

Eran como Barbara los había descrito, y ahora se explicaban muchas cosas,

ya que era evidente que al llegar la noche abandonaban la envoltura de carne para volver a ser lo que eran y alimentarse con el hierro, como lo habían hecho todos.

Disparo.

Estaba poseído de una furia enorme y sonrió al ver cómo se desplomaban los dos monstruos.

Quedaban dos.

Procurando hacer el menor ruido posible, descendió cuidadosamente los escalones, hasta que, una vez abajo, vio que no había nadie.

Sin embargo, debían estar en la casa.

Observó la ventana cuyo cristal habían roto para entrar y luego lanzó una mirada a los cadáveres de los dos que había matado.

Eran monstruosos.

Tomando uno de los pasillos que daban al salón, siguió avanzando con la seguridad de que se encontraría con algún otro que, desconociendo la topografía de la casa, debería estar buscando la manera de subir al piso de arriba sin utilizar la escalera.

Lo vio.

El monstruo se volvió justo en el momento en que Gary disparaba, Y como los otros dos, se derrumbó, enorme, con un estrépito infernal.

Quedaba uno.

Gary recorrió el pico inferior, hasta la cocina, sin encontrar a nadie. Entonces, con una idea horrible, pensó que debería haber conseguido llegar arriba, donde Barbara estaba indefensa ante él.

Fue corriendo hacia la escalera; pero al llegar al «living» se paró en seco.

¡Una voz autoritaria resonaba en su mente!

Hizo lo imposible por vencerla, pero no lo consiguió. Poco a poco, sus ideas de destrucción le abandonaron y una sonrisa estúpida entreabrió sus labios.

—Obedeceré.

La voz resonaba dentro.

—Estoy arriba, Gary… junto a Barbara… Quiero que vengas a ayudarme a matarla… ¿Verdad que lo harás?

—Obedeceré.

Pensaba en la muchacha como en un ser odioso, horrible, que se oponía a la realización de un vasto y maravilloso plan.

Sus señores mandaban y él debía obedecer.

«Ven, Gary… te espero.»

—Obedeceré.

Subió la escalera, sin dejar de empuñar la pistola.

Una vez entró en la sala, Barbara le miró con espanto. Estaba arrodillada junto a la india y parte de su falda estaba arrancada, ya que había hecho un somero vendaje con ella.

—¡Hola, Gary!

Era «él» quien le hablaba.

—Obedeceré.

—Vas a matar a esta mujer, que tanto mal nos ha hecho.

—Obedeceré.

—Después matarás a la india, luego al otro y, finalmente, te matarás tú. ¿Lo harás?

—Obedeceré.

—¡Empieza!

Steemor levantó el arma, apuntando cuidadosamente a la cabeza de Barbara.

Los ojos de la muchacha estaban arrasados de lágrimas.

Hubo un momento, una fracción de segundo, que el brazo de Gary tembló, como si algo íntimo estuviese dispuesto a impedir lo que se disponía a hacer.

Pero su puño apretó con fuerza el arma.

—¡Hazlo! —se impacientó el monstruo.

El índice oprimió el gatillo, haciendo retroceder el margen de seguridad. Un poco más y el percutor lanzaría el proyectil fuera del arma.

¡Ziiiissss…!

El silbido le sobresaltó, haciendo que mirase hacia la criatura de Calisto. Ésta, girando ligeramente, como una peonza, le volvió la espalda, dejando ver la empuñadura del cuchillo que salía de entre el vello rojizo.

Después se desplomó.

De lo hondo de la estancia, la alta silueta de Jack Cunnigan avanzó, tambaleándose como un ebrio, hasta parar junto a Gary y arrancarle dulcemente la pistola de la mano.

—¡Gary!

Barbara le estrechó frenéticamente en sus brazos y la luz volvió a la mente de Steemor, que no pudo evitar que sus lágrimas se mezclasen con las de la muchacha.

Jack estaba junto a su esposa.

Momentos después un tambaleante John se les acercaba.

—¿Qué ha pasado…? —inquirió.

Y se frotaba la cabeza.

Gary le explicó los motivos que le habían obligado a golpearle, diciéndole después que él también había caído como un cordero en el poder de la poderosa mente del monstruo.

—¿Han visto a mi esposa? —intervino Jack.

Todos se acercaron a él.

—La herida no tiene importancia —afirmó Gary —. Vamos a llevarla inmediatamente a mi clínica.

—Bien.

—Oiga, Cunnigan.

—¿Qué desea?

—¿Sabe usted que se despertó en un momento oportuno?

El otro sonrió:

—Sí, ya lo sé. Me hice cargó de la situación, dándome cuenta de que acababa usted de caer en su poder… De todos modos, le felicito.

—¿Por qué?

—Porque resistió de una manera formidable.

—¿Y eso demuestra algo?

—Que, sin saberlo, posee una mente de telépata.

—¡Colaboraremos juntos, Jack!

Se estrecharon la mano.

—Oye, Gary.

Era Barbara y él se volvió hacia ella.

—¿Qué quieres, querida?

—Ya que eres un poco telépata… a ver si adivinas lo que estoy pensando en este momento,

Steemor la miró fijamente:

—O.K., amor mío! ¡Ahora mismo, en cuanto dejemos a Yandra en la clínica, iremos a por la licencia!

—Eres un tío grande, amigo —dijo John.



¡Vuelve el autor de los más apasio-nantes relatos!.

Nos referimos, naturalmente, a…

¡CLARK CARRADOS!

Y vuelve con una novela que supera todo cuanto cabe imaginar

La puerta infinita

Tremenda, espeluznante, fantástica, intrigante.

La puerta infinita

Algo más que una sucesión de hechos; la vida misma, pero la vida infrahumana de los seres del futuro.

COLECCION

DOCUMENTALES–DEL MUNDO



¡ENTÉRESE USTED, EN FORMA AMENA Y AGRÁDABLE, DEL VERDADERO, CÓMO Y PORQUÉ DE LOS GRANDES ACONTECI-MIENTOS MUNDÍALES!

SEPA USTED EXPONER LOS AUTENTICOS MOTIVOS DE TAN IMPORTAN-TES SÚCESOS CUANDO HABLE DE ELLO CON SUS AMISTADES.

¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS LIBROS!

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

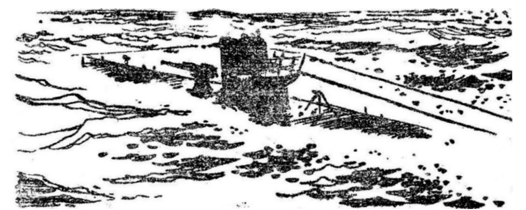
¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los alemanes!

Formosa, las tentaciones de la guerra

Por FERNAND GIG0N
¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!

¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN, DE ELLAS 40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ. FORMATO 18x24, ESPLÉDI-DAMENTE PRESENTADOS, CON SOBRECUBIERTAS EN COLOR!

¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo 50 pesetas ejemplar



Bajo la lluvia destructora de las mortíferas armas modernas…

Surcando el cielo en los modernos aviones; buceando con los más atrevidos ingenios las procelosas aguas de los mares…

Aguardando la muerte en el fondo embarrado en una trinchera…

EL HOMBRE CONSERVA TODAVÍA EN SU ALMA LA FLOR INMARCESIBLE DE LA ABNEGACIÓN, DE LA INTEGRIDAD, DEL AMOR A LA PATRIA Y DEL SENTIDO DEL DEBER.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Le ofrece los más emocionantes relatos llenos de VERISMO, INTRIGA Y VIOLENCIA, pero…

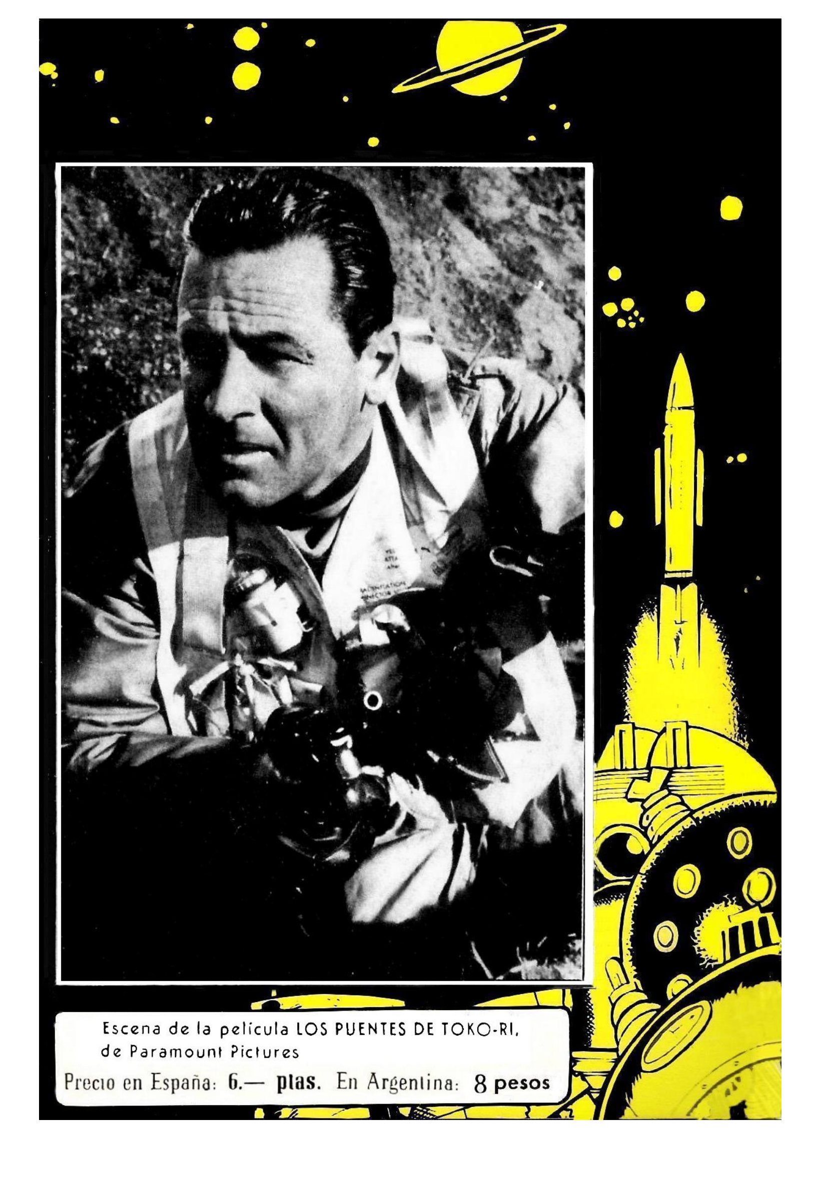
SUS PROTAGONISTAS, HUMANOS, DECIDIDOS Y VALEROSOS, LUCHAN SIEMPRE AL SERVICIO DEL BIEN, EN DEFENSA DEL OPRIMIDO Y CON LA ESPERANZA DE UN MUNDO MEJOR.

Colección
HAZAÑAS BĖLICAS

Narraciones de avasalladora y palpitante actualidad que usted leerá emocionado y con el ánimo en suspenso.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

137. —El planeta de los hombres de oro. —*Clark Carrados*.
138. —Locura espacial. —*H. S. Thels*.
139. —Mundo de paz. —*Clark Carrados*.
140. —El fin del mundo. —*Law Space*.
141. —El gran peligro. —*Roy Silverton*.
142. —Espía de Sirio. —*Clark Carrados*.
143.— Yo, el monstruo —*Johnny Garland*
144.— La reina de las estrellas —*Clark Carrados*
145.— La venganza del cerebro —*Law Space*
146.— El mito de Fausto —*H.S. Thels*
147.— ¡Estaban con nosotros! —*Law Space*
148.— El fin de Lemuria —*H.S. Thels*
149.— ¡Hola, terrícola! —*Law Space*
150.— Ventana al futuro —*Clark Carrados*
151.— Mundo hostil —*H.S. Thels*
152.— Jaque mate —*Law Space*
153.— La ciudad monstruosa —*H.S. Thels*
154.— Parásitos cósmicos —*Law Space*
155.— El principio del edén —*Clark Carrados*
156.— El tirano del universo —*Johnny Garland*
157.— Lobos del espacio —*Clark Carrados*
158.— Los últimos selenitas —*Roy Silverton*
159.— Cárcel de acero —*Clark Carrados*
160.— Supervivientes —*Law Space*



Escena de la película LOS PUENTES DE TOKO-RI, de Paramount Pictures

Precio en España: 6.— ptas. En Argentina: 8 pesos

Notas



La catatonía es un síndrome que se presenta generalmente en los estados esquizofrénicos y que se caracteriza por un mutismo completo, acompañado de pérdida de los instintos. Si enfermo debe ser alimentado con sonda y toma, a veces, posturas de las que no se mueve, llamándose a esto «plasticidad cerúlea», por su semejanza a las figuras de cera.